

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

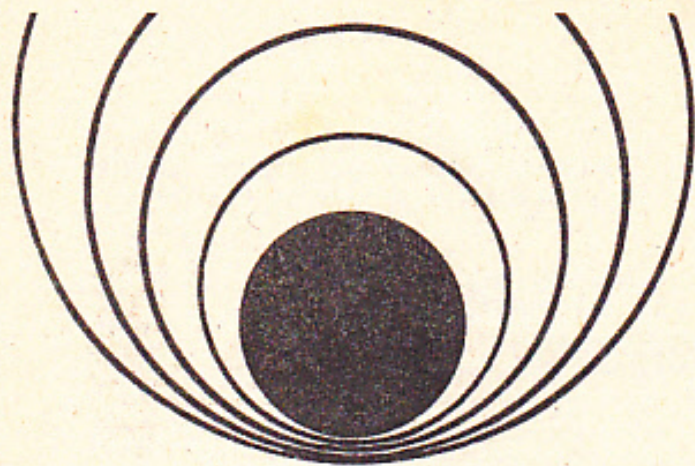
BOLSILIBROS

T POLICIACO

POR MOTIVOS PERSONALES

Frank Caudett





PUNTO ROJO



FRANK CAUDETT

POR MOTIVOS PERSONALES

Colección PUNTO ROJO n.º
1.112 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

1.106 — Juegos de niños.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.713 — Osiris.

En Colección CALIFORNIA:

1.390 — Acompañado ante el peligro.

En Colección KANSAS:

1.298 — «Tranquilo».

En Colección COLORADO:

1.343 — «Impasible».

En Colección BISONTE:

1.056 — Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

503 — Plomo en la amistad.

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 — Memorándum para un sheriff.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 — Odio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

566 — «Cobrizo».

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

644 — No matarás pero...

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 23.076 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: agosto, 1983

1.a edición en América: febrero, 1984

© Frank Caudett - 1983

texto

© Martín - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta
nóvela, así como las situaciones de la misma, son fruto
exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier
semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales,
será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona -
1983

El hombre había entrado en el apartamento.

Cerrando la puerta tras él.

Luego, ensayó el movimiento maquinal de siempre.

Darse la vuelta alzando el brazo derecho para accionar el conmutador de la luz.

Cuando ya sus dedos rozaban con las yemas la llave eléctrica sintió, de pronto, que le daban un bocado en mitad del estómago.

Un violentísimo puñetazo, en verdad, propinado por una zarpa gigantesca, enorme.

Se le cortó al instante la respiración y entonces le empotraron el otro puño en mitad del pecho.

Richard Speke experimentó la misma sensación que si acabasen de barrenarle el tórax fragmentándole todas las costillas y partiéndole el corazón en dos mitades.

—¡Aaaaag!

Y se dobló en tierra, apelotonado.

Fueron unos instantes de inconsciencia.

Sólo unos instantes.

Porque alguien le echó un cubo de agua fría, helada, encima de la cabeza.

La sensación fue casi de histeria.

Speke se removió en tierra con torpes manotazos, como si intentara nadar, al tiempo que de su garganta brotaban ruidos inconexos, guturales, y el dolor de los golpes recibidos con anterioridad recobraba un primer plano de atención.

Dijo una voz suave, ominosa y femenina:

—Ha llegado la hora de la verdadera justicia, Richard Speke.

Trató de alcanzar con sus ojos vacíos, estrábicos, que parecían mirar cada uno en direcciones distintas, al causante o la causante de tan inesperada y brutal agresión.

Quiso abrir los labios y entonces se percató de aquella película rojiza, viscosa, adherente, que corría pegada a ellos y que precisamente le dificultaba el despegarlos.

Sangre...

Trató de enjuagarla con el revés de la diestra lo cual le costó un agotador esfuerzo.

—Aaah... ¿Por... por qué?

—Murió por tu culpa. Una culpa que te repartes entre once más y que no por ello te exime.

—No... no... —le costaba titánicos esfuerzos mover la boca para expulsar hacia afuera letra por letra—, no sé... de...

El que se había ensañado con él a las primeras de cambio le pegó

ahora un estremecedor patadón en la cabeza.

Rebotó el cráneo lo mismo que si acabara de ser arrancado del tronco produciendo contra la madera de la puerta un ruido hueco, espeluznante.

A la sangre de la boca, con mayor caudal tras el golpe, se unía ahora la que saltaba a cataratas por las fosas nasales.

—No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, Richard Speke —habló de nuevo el registro femenino, pausado, de vertiente sádica e inflexible. Añadiendo—: Tu hora ha llegado... ¡La hora de la verdadera justicia!

Speke ya no escuchaba nada porque se había apelotonado en el suelo como una absurda marioneta de trapo. Grotescamente.

Alguien cargó con su cuerpo al hombro con suma facilidad, como si alzara un papel, cruzando el apartamento de un extremo a otro, pasando por el único dormitorio que había en el mismo y por aquél el balcón, por cuyas abiertas puertecillas soplaban el aire de la noche haciendo infantiles figuras con los bajos de las cortinas y visillos.

Speke fue depositado en tierra y las manos nervudas, grandes, del agresor, le despojaron de la propia correa que sujetaba el pantalón, pasándosela acto seguido por el cuello y comenzando a apretar como hacían algunos obesos en la cintura para esconder unos kilos.

En este caso concreto no se escondió nada.

Más bien al contrario.

Porque empezó a asomar, por entre los labios amoratados, rehinchados, de Richard Speke, una lengua muy gruesa y blanquecina, salpicada por una extraña saliva de pinceladas negruzcas.

La figura femenina que había hablado del cumplimiento de aquella bestial justicia se inclinó junto al hombre que estaba produciendo el frío y criminal estrangulamiento para colgar del cuello oprimido brutalmente por la correa, algo muy parecido pero de mayor tamaño a las etiquetas que se colgaban de las prendas de vestir indicando su talla, precio, componentes del tejido y garantía de homologación.

Una tarjeta, sí, en la que podía leerse:

POR MOTIVOS PERSONALES

Muy personales debían de ser, sí, para emplearse con la crueldad y el exhibicionismo que lo estaba haciendo el tipo que tan violentamente golpeará a Speke primero estrangulándolo después porque ahora, amparado en la oscuridad que le prestaban las tinieblas de la noche estaba sacando el cuerpo sin vida por

afuera de la baranda del balcón, al vacío, sujetándolo después a la barra transversal de hierro por el otro extremo de la correa, asegurando el cuero con recios nudos, tensándolo, dejando ir después el cuerpo con la seguridad de que permanecería suspendido sin que el peso relajara los dibujos que con el cinto había trazado en torno a la barra.

En efecto, Richard Speke quedó colgado, expuesto al relente y sombras de la noche, como un trágico anuncio publicitario, como una tétrica avanzadilla de muerte que denunciaba en aquel absurdo cartelón de letras rojas el porqué de la misma.

Para quien lo entendiese, claro.

—Es el primero —anunció la mujer.

Y dijo el ejecutor desentendiéndose de su víctima:

—No olvides nunca que lo hago por ti... por lo mucho que te deseo.

—Y tú no olvides, que no tenías otra opción para conseguirme. Dentro de poco tiempo no existirán barreras. Seré tuya... sólo tuya.

Tras aquel breve y significativo diálogo se alejaron del balcón hacia el interior del apartamento, el cual abandonaban pocos segundos después.

Nueva York. Viernes. 25 de marzo, 1983

De la página de sucesos del *New York Herald Tribune*.

¿ERROR DE JUSTICIA...

O LA INJUSTICIA DE UN ERROR?

Así rezaba el titular, un tanto enrevesado al principio ante el desconocimiento del texto que le seguía, y que era, el siguiente:

«A menudo el hombre es injusto en su mismo afán de impartir justicia. Muchas veces, al evacuar un veredicto sobre el pedestal de la duda, se cae en la injusticia. Se peca por exceso de rigor o por defecto en el mismo. Y entonces cabe preguntarse dónde está el fiel de esa balanza que sostiene en su mano la diosa de la ley... cabe preguntarse simplemente si la ley es diosa desde el instante en que se faculta al hombre para impartirla y aplicarla... cabe efectuarse otros cientos de preguntas más que no pasan de ser meras especulaciones, vacías hipótesis, que en modo alguno pueden paliar las injusticias de la justicia ni pueden contribuir a que la justicia sea más justa.

»Se estarán preguntando los lectores a qué viene todo este

crucigrama literario, ese rizar el rizo de la perfección dialéctica, ese juego estilista de verbos y conjugaciones, de nombres y sujetos, de oraciones, algunas por pasivas, que nada dicen y a nada conducen... Viene a cuento por el suceso que se produjo la noche pasada en uno de los Precintos policiales de nuestra ciudad, más concretamente en el 14, que corresponde al barrio de Springfield Gardens, distrito del Queens. La policía del sector había sido alertada porque en las inmediaciones se venían sucediendo últimamente robos de similares características que parecían suscritos y rubricados por el mismo puño y letra. Montados los correspondientes servicios se llevaron a cabo las redadas y batidas habituales en semejantes circunstancias siendo detenidos buen número de habituales del delito, juntamente con algunos noveles en el "oficio".

«Nuestros servidores de la ley y el orden procedieron a los interrogatorios con la... *habilidad y buen hacer* que les caracteriza y en el transcurso de los mismos, uno de los detenidos, el profesional Scott Mason... *convenientemente preguntado* al parecer por el sargento de la Metropolitan Pólce, Ryan Jenkins, reconoció su participación en varias comisiones delictivas admitiendo también, gracias a la... *perseverancia* del sargento Jenkins, ser responsable de la VIOLACION A UNA MENOR DE 14 AÑOS, MARTHA DO TRICE, ACAECIDA EN MAYO DE 1973.

»Esa revelación causó verdadero estupor en los medios policiales por cuanto en su día fue detenido y acusado por tal actuación, Timothy Adams, al que un jurado encontró culpable siendo condenado por ese delito y el de violencia y malos tratos, a 30 AÑOS DE PRISION. Siete meses después, el reo, Timothy Adams, aparecía ahorcado con su propio cinturón en la celda por él ocupada en la penitenciaría.

»Ryan Jenkins acudió de inmediato a comunicar la noticia a sus superiores. Cuando junto a su compañero, el también sargento Enmanuel Hossein, regresó junto a Scott para obtener una confesión detallada del hecho tal y como había solicitado el *Commissioner*, encontraron al delincuente con una navaja hundida en el tórax a la altura del corazón... MUERTO. Al parecer y tras las comprobaciones de rigor, Mason llevaba el arma oculta en la parte interior de la entrepierna y sujeta a ella con dos gruesas cintas de esparadrapo, de las cuales no sólo quedaba la evidencia en la piel sino que se hallaban en tierra, arrugadas, convertidas en una pelotilla de trapo.

»Al saberse la noticia y consultado el gabinete de Prensa de la Metropolitan Police por la firmante de este artículo, en busca de una explicación o respuesta al por qué del suicidio de Scott Mason, se nos contestó que el único razonamiento viable y verosímil consistía en el hecho de que Mason, asiduo a las penitenciarías, era consciente del trato que los mismos reclusos daban a quienes gozaban de libertad permitiendo que otros se pudrieran purgando sus delitos. Y sabía también que la tortura lo esperaba tras los barrotes de una celda, administrada con infinita crueldad por manos de sus propios correligionarios. De ahí que optara por el suicidio. Admitió el portavoz del gabinete de Prensa negligencia e inoperancia policial al no haber registrado a fondo, convenientemente como indican las ordenanzas, al detenido, permitiendo que ingresara en el Precinto con un arma cortante encima y apuntó que este hecho posibilitaba la intervención del departamento de Asuntos Internos con el fin de determinar las responsabilidades a que hubiese lugar incoando los oportunos expedientes.

»Eso último, historia. Palabrería. Pura anécdota.

»Lo real, lo sobrecogedor, lo alarmante, lo inquietantemente cierto, es que diez años después de que un hombre fuera condenado a cumplir sentencia por la comisión de un delito del que era inocente y que acabó precipitándole al suicidio... DIEZ AÑOS DESPUES, surge el verdadero culpable.

»Y es ahora cuando cabe formularse todas las preguntas, y más, que yo hilvanaba al principio y muy en particular la que da cabecera a este artículo: ¿ERROR DE JUSTICIA O LA INJUSTICIA DE UN ERROR?

»Alguien, señores... ¿tiene la respuesta?»

Seguía la periodista, extendiéndose en detalles y pormenores. En matices más o menos personales, en cuestiones interpretativas, y tras repetir de nuevo los interrogantes, cabalgaba la firma de: *Tuesday Miller*.

En aquella misma página, a tres columnas y con la rúbrica de la citada articulista de sucesos en cuestión, se hablaba, quizá con mayor parquedad y escasez de matices, con menos prosa y más pragmatismo, del sorprendente asesinato de un hombre llamado Richard Speke que había aparecido con las primeras claridades del alba, colgado del balcón de su apartamento con la propia correa, exhibiendo un siniestro cartelón prendido del cuello en el que se podía leer: *POR MOTIVOS PERSONALES*.

Consecuente a la noticia y en una apostilla anexa de última hora, se dejaba constancia de que...

«...La policía está realizando verdaderos y denodados esfuerzos por localizar a la persona, una mujer según parece, que fue vista abandonando el apartamento del ahorcado sobre las tres y veinte minutos de la madrugada por el vecino del mismo rellano, David Hargreaver, que como cada noche regresaba al domicilio finalizada su jornada laboral en la barra de una frankfurtería. Se supone...»

Nueva York. Sábado, 26 de marzo, 1983

Gene Jenkins estaba situado frente al espejo haciendo auténticos malabarismos por conseguir que el lazo de su corbata de brillante raso, luciera con geométrica perfección.

No era lo suyo la habilidad manual, desde luego.

Dándole un manotazo al anárquico nudo para que el lazo cayera a un lado y otro del cuello, pensó que si Rebeca regresaba del *coiffeur* con tiempo, sin prisas para excitar su radiante belleza con un vestido complicado y demás medios sofisticados de enervar las pasiones del personal que empleaban las damas... pensó que si su mujer volvía con medio minuto que dedicarle a él, se encargaría ella de confeccionar el nudo.

Y entonces quedaría perfecto, sí.

Rebeca tenía una gracia especial para aquellas cosas.

Mujeres...

Hizo un mohín de disgusto porque en el fondo, a Gene Jenkins, director de la delegación en Nueva York de la General Insurance, le daba tres patadas en la mismísima boca del estómago asistir a aquella clase de absurdas y aburridas veladas en las que había que hacer de tripas corazón para no troncharse de risa ante la cantidad de estupideces que se llegaban a escuchar o para no mandar a la mierda al «fantasma» de turno que se empeñaba en colocar sus batallitas al precio que fuera.

Pero la recepción de aquella noche estaba patrocinada, nada más y nada menos, que por el presidente del Consejo de Administración de la General que se encontraba en la ciudad de los rascacielos con motivo del periplo profesional que efectuaba cada doce o quince meses por todas las delegaciones estadounidenses de la corporación de seguros.

A Rebeca, sí le gustaban aquellas fantochadas.

Mujer... ¡al fin y al cabo!

Pero Gene hubo de reconocer para sus adentros que en aquella ocasión el sacrificio no tenía que ver, para nada, con su esposa. Asistía en beneficio propio, por su interés personal y por afirmar su línea de continuidad en la compañía. El presidente, ¡qué duda cabía!, era el presidente.

Aunque..., siguió pensando Jenkins mientras se olvidaba definitivamente del lazo, cuando cambiaran todas las cosas que iban a cambiar en su vida, a lo mejor declinaba amablemente todo tipo de invitaciones, incluida y sin que causara excepción, la del presidente del Consejo de Administración de la General Insurance.

Porque entonces, cuando las cosas hubieran cambiado, Gene necesitaría todo su tiempo, y más, para dedicarlo a la más estricta y deliciosa intimidad.

Así pensando abrochó las pinzas de los tirantes al borde trasero y delantero del pantalón gris-marengo, para lo que sí se bastaba sin la ayuda de nadie.

Justo entonces se abrió, suave, la puerta del dormitorio.

¡Por fin regresaba! Y a tiempo de hacerle el lazo de la corbata, lo que era todo un alivio.

—¡Rebeca! ¿Eres tú?

Silencio.

—¡Rebeca...!

No.

No era Rebeca.

Gene vio a través de la pulida luna del espejo la reproducción de la figura, masculina figura, que tenía a su espalda.

Un hombre vestido totalmente de negro. Con un pantalón ajustado y una chaqueta de doble botonera dorada que resultaba alegórica a las que llevaban los ya extinguidos úsares del zar.

—¡Ah...! —exclamó el director de la delegación neoyorkina de la General reconociendo, sin duda, al otro—. ¡Hola! ¿Puede saberse adónde vas vestido de esa manera?

El tipo, enorme tipo, mostró los dientes en extraña sonrisa.

Inquietante sonrisa.

—Es mi uniforme de hacer justicia.

—¡Por favor, hombre! ¡No seas majadero! Bastantes estupideces tendré que escuchar esta noche como para que tú... ¡Oye! ¡A propósito! ¿A qué has venido?

—A hacer justicia —insistió, con aquella peculiar, agresiva sonrisa, que seguía descubriendo sus dientes grandes y fuertes.

Gene Jenkins ladeó la cabeza dando unos retoques a su indumentaria.

—¡Vale ya de tonterías!, ¿no? Ahora, si el quid de la cuestión

estriba en que yo te pregunte... ¿Qué justicia? ¡dalo por preguntado! Y sorpréndeme a continuación con otra bobada, ¿eh? ¿Qué dices?

—La justicia de ella —pronunció otra vez el recién llegado.

—¡Pero...! ¡Está bien de abromas!, ¿no? O acabaré por creer que de veras te has vuelto loco. Ella... ¡ella! ¿Quién diablos es ella?

Volvió entonces a entreabrirse la puerta del dormitorio para dejar paso a otra persona que dio respuesta al último interrogante formulado por Gene Jenkins.

Con este monosílabo:

—Yo...

La miró, exclamando:

—¡Tú...! ¡Por Dios! ¡Por Dios que es cierto que os habéis vuelto locos! ¿Queréis decirme qué clase de imbecilidad es ésta?

—Eres responsable de su muerte en una doceava parte, Gene Jenkins. Y ha llegado la hora de que pagues por ello.

Una pincelada boba, estúpida, comprimía y oprimía las facciones del hombre que seguía con el lazo colgando a ambos lados del cuello de la camisa, en parte por dentro de aquél.

—¿Muerte...? —repitió, con asombro, empezando a comprender que no se trataba de ninguna broma y sí de una terrible realidad... terrible y siniestra realidad—, ¿De qué muerte estáis hablando?

—De la de él... y *de la tuya* —sentenció la hembra.

—¡Estás demente, pequeña! El... ¿Quién es él?

—TIMOTHY ADAMS...

—¡Timothy Adams! ¡Pero...! ¿Es que deliras, muñeca? Tú no... ¡Dios del cielo! —Jenkins avanzó ahora unos pasos mirando al hombre, mirándole con credulidad y haciéndolo al fondo de los ojos. Dijo, nervioso, trémulo, con acento inseguro y voz entrecortada—: ¡Y tú...! ¡Tú! ¿Cómo...? ¿Cómo puedes prestarte a semejante monstruosidad? ¿Qué... qué es lo que realmente pretendéis?

—Justicia... —punteó la mujer. Repitiendo con énfasis demencial—: ¡JUSTICIA! Justicia que repare la injusticia que tú has cometido.

—¿Justicia? ¿De qué justicia hablas tú? ¿Eh? ¡Quién te has creído que eres para...!

El hombre dio un salto y su puño diestro, brutal puño, enorme, se metió en la boca del que hablaba, cortando su monólogo, astillándole un par de dientes, haciendo que escupiera tanta sangre que la pechera de la camisa, impoluta camisa, quedó al instante teñida de rojo.

Cuando Gene Jenkins se iba lanzando atrás merced al

demoledor impacto, el tipo corrió tras él para reincidir en el durísimo castigo, ahora incrustando el puño zurdo en el estómago del sorprendido y trastabillante anfitrión, con furia, con odio diríase, como un barreno, cazándole el mentón con la rodilla cuando boqueaba a causa de la virulenta andanada.

Jenkins acabó despatarrado en tierra, decúbito supino, brazos en cruz, sangrante, inconsciente, cruzados los ojos...

—¿Dónde lo cuelgo? —preguntó el que vestía de húsar, de supuesto húsar pero de real y despiadado asesino.

—De la base superior de la lámpara.

—¿Resistirá...?

—Esperémoslo.

* * *

La mujer empujó la puerta con cierta vehemencia para irrumpir en la habitación con graciosos y coquetos movimientos de huracán femenino.

La cruzó de punta a punta, como una exhalación, tirando unos paquetes encima del lecho.

Sobre la marcha se despojó de la chaqueta negra y sentándose frente al tocador esponjó ligeramente el retoque meticuloso, final, que en su cabello azabache había efectuado el invertido, pero excelente peluquero, *monsieur* Laroux.

—¡Gene...! ¿Estás en el baño?

Silencio.

—¿Me oyes, amor? ¡Ya sé, ya sé que te molesta que te hablen cuando estás tan en privado, pero...! A que no te imaginas con quién me he tropezado a la salida del *coiffeur*, ¿eh?

Pasados unos instantes, insistió la mujer:

—¡Gene! ¿Te rindes?

Proseguía el silencio.

—¡Jo, chico! Mira que eres tuyo para según qué...

Mientras hablaba, Rebeca York, señora de Jenkins, había salido del tocador, girando sobre los agudísimos tacones de su brillante calzado de charol, para ir derecha a la cama en busca de uno de los paquetes.

Y se detuvo en seco.

Y calló, de golpe.

Porque acababa de darse cuenta de que las suelas de unos zapatos habían rozado su peinado.

De hecho, al inmovilizarse, lo seguían rozando.

Alzó la cabeza con manifiesto sobresalto.

Con palpitante y desbocada expresión.

Primero abrió las órbitas de tal forma, que los ojos estuvieron a

punto de cáersele sobre el piso y rebotar en él.

Después atónita, musitó:

—Gen...e, ¡Gene!

Y por último, con desgarrador patetismo, con eco hiriente que acuchilló paredes y puertas, nació en su garganta el grito que a través de los labios cobró palpitante sonoridad:

—¡AUXILIOOOOOOOOOOOOOOOOO!

Y a renglón seguido se dobló en tierra, de golpe, como fulminada.

Stuart Martin penetró en su despacho.

—Buenos días —dijo.

—¡Hola, genio! —exclamó, entre irónica y admirada, Susan Carradine. Preguntándole a continuación a su jovencísimo jefe—: ¿De qué tal humor vienes hoy?

—Peor que de costumbre, prenda.

—¡Tierra, trágame! —siguió bromeando ella. Volviendo a preguntar—: ¿Problemas financieros, genio?

—Me revienta que me llames genio y creo, además, que lo sabes.

—*Mea maxima culpa...* —y sonrió, mostrando la preciosa morenita unos dientes muy blancos, muy iguales, que conformaban una perfecta doble hilera de nácar.

Stuart Martin puede que no fuese un genio en la íntegra acepción del vocablo, pero sí un hombre brillante. Un tipo a considerar. De aquellos que siempre había que tener en cuenta hiciera lo que hiciese y estuviera donde estuviese.

Tampoco, en lo físico, era lo que podía llamarse un «clásico» de la novela negra; de la intriga policíaca plasmada en unos buenos metros de celuloide, O sea, que no respondía a las exigencias de un galán literario, ni a los méritos, de espectacularidad requeridos por el cinematógrafo.

Nada de eso.

A caballo de sus 23 años y con un físico corriente en el que destacaba quizá su metro ochenta de estatura y la delgadez de su cuerpo, ágil eso sí aunque sólo fuese por razones de peso, no disfrutaba de aquel atractivo físico que solía presentarse como condición indispensable de los héroes de las multitudes literarias o pelicularas. Su cabello corto era de color castaño, de un castaño más bien vulgar y los ojos un par de discos negros, inquietos desde luego, fiel exponente de una de las características más definidas y evidentes del muchacho: inquietud. Otra de sus acusadas facetas, defecto para unos y virtud para otros, era la anarquía que hacía gala en su indumentaria. Por ejemplo aquella mañana venía con un pantalón de pana azul eléctrico, jersey rojo de cuello redondo con el logotipo en blanco del equipo neoyorkino del soccer, «Cosmos», y zapatillas de tenis azules y blancas.

Hasta ahí, nada en particular, de especial, de reseñable, en la persona de Stuart Martin.

Profesionalmente y partiendo de la poca experiencia que en buena lógica le otorgaba su juventud y aportaban sus pocos años en el oficio, Stuart era, ya lo hemos apuntado, brillante. A veces,

insolentemente expeditivo, violento inclusive, lo cual le había comportado más de una fricción con los medios policiales y judiciales de la ciudad..., pero eso no iba en detrimento ni muchísimo menos, de su profunda capacidad de reflexión, de su ingenio sin límites, de su flexibilidad deductiva, condiciones éstas que le habían llevado a apuntarse importantes éxitos, excelentes tantos, en su devenir como detective privado.

Stuart había ganado pasta pero ello no se le había subido a la cabeza. Seguía siendo un tipo sencillo, amante de lo fácil y lejos de la sofisticación. Nada de ostentosos despachos para impresionar principiantes, nada de mambres bordados en los impresos, nada de grandilocuencias y aparato que ya justificase posteriores minutas abusivas, nada de todo eso...

Nada.

—¿Por qué, según tú, debo tener problemas financieros?

—¿No te habías gastado unos billetes en acciones de un trust que se ha ido al garete?

—Estuve a punto, pero me retracté a última hora,

—A eso le llamo yo visión comercial, genio.

—Susan...

Ella miró al muchacho.

—¿Cuándo vas a pedirme que vayamos a la cama, Stuart?

Se acercó él para pellizcar la suave barbilla que estaba debajo de un par de coloreadas mejillas que formaban hoyuelos al reír.

—Es una pena que te hayas liberado tan pronto, bonita.

—¡Grosero!

—Hay iniciativas que deben dejarse al albedrío masculino.

—¡Machista!

—¿De veras crees eso con el sueldo que te pago? Estás equiparada en horario y emolumentos a un funcionario de la hacienda pública. ¿Y te atreves a llamarme machista?

—Me gustas, Stuart. ¡No puedo evitarlo!

—Creo, sin falsa modestia, que no merezco tanto.

Ella se encogió de hombros sabedora de que perdía el tiempo. Cambió de tercio, preguntando:

—¿Has leído la edición matinal del *Herald Tribune*?

—No. ¿Por...?

—La pasada noche ahorcaron a otro tipo. Un tal Mark Morgan...

—¿Con etiqueta incluida?

—¡El cartelito no falta, desde luego! ¿No estaremos delante de un maníaco que odia a la especie humana y se ha propuesto cargarse el censo de la ciudad por motivos personales?

—Cualquier cosa, rica. ¿Te apetece un café?

—¿Estás insinuando que vaya por un par de ellos?

Stuart volvió a pellizcar la barbilla de Susan.

—¡Qué haría yo sin ti, prenda!

La secretaria se puso en pie para ofrecer los relieves de su cuerpo bien dibujado evidenciando la suave casaca verde que tenían mucho que decir, que pedían mucha guerra, y exclamó:

—¡Y qué cara tan dura tienes, paisano! ¿Lo quieres solo?

—O.K. Ya sabes que no me gustan las mezclas. O blancos, o negros. Grises no... que es precisamente la mezcla del blanco y del negro.

—Encima filósofo... ¡te diré! —y echó a andar hacia la puerta en el instante que se dejó oír el zumbador.

Stuart, proa a su gabinete que se comunicaba a través de un arco sin puerta con el despacho de Susan, le dijo:

—Entretén a quien sea hasta que me saque las legañas de los ojos.

—Muy logrado.

Como un par de minutos después, Susan metía la cabeza por el arco, anunciando:

—La señora Morgan quiere verte. Dice que es urgente.

—Hazla pasar. ¡Ah!, y vas por los cafés.

—Negrero...

Stuart se puso en pie para recibir a la señora Morgan.

Que lo era, toda ella, de pies a cabeza.

—Buenos días... ¿El detective Martin?

—A su disposición. ¿Quiere tomar asiento, por favor?

El lo hizo detrás de la mesa escritorio y la señora Morgan al otro lado cruzando, de buenas a primeras, unas piernas de fábula que al encogerse la falda mostraron una buena porción de sus muslos bronceados y prietos.

Parpadearon las pestañas que ocultaban un par de grandes y luminosos ojos almenados al mirar al hombre y anunció:

—Me llamo Candice... Bisset de soltera, Morgan de casada, y ahora que me acabo de quedar viuda...

—Lo siento —dijo el joven detective.

—Y yo, por supuesto. Aunque mi expresión mundana y desenfadada pueda hacer pensar lo contrario. Quería a mi marido y con las normales desavenencias temporales en que incurre todo matrimonio, fuimos siempre una pareja feliz. Si alguna vez la tormenta de las discusiones ocultaba el sol de esa felicidad, abríamos el paraguas de la comprensión. Mi marido era Mark Morgan...

—¡Mark Morgan! —exclamó, espontáneo, Stuart—. ¿El qué...?

—El mismo. Lo ahorcaron la pasada noche. Un burdo asesinato, un repugnante asesinato, que él no hizo nada por evitar.

El detective miró con extremada atención a la mujer.

—No entiendo lo que insinúa, señora Morgan.

—Yo le advertí que lo colgarían. Como a Speke y Gene Jenkins.

—¿Qué relación tenía su marido con Speke y Jenkins?

Candice Bisset, Bisset ahora que forzosamente volvía ser soltera, puso encima de la mesa un ejemplar del *New York Tribune* de fecha 25 de marzo, abierto por la página de sucesos, señalando con el índice dos artículos consecutivos que firmaba Tuesday Miller, rogando:

—Lea, por favor.

—Recuerdo haberlo leído en su día, pero en atención a usted volveré a hacerlo —y después, al término de la lectura, quiso saber—: ¿Y bien?

—Vea esto ahora, detective Martin.

Se trataba de una cuartilla escrita a mano, por la propia Candice seguramente, en la que podía leerse lo siguiente:

RICHARD SPEKE (ahorcado)

GENE JENKINS (ahorcado)

MARX MORGAN mi marido... (ahorcado)

STANLEY COUGH

LIONEL SIRK

CAROLE KERWIN (fallecida de muerte natural en 1979)

HARRISON PLEASENCE

KAREN FORD

RALPH CLEMENTE (recluido en un centro psiquiátrico)

LESLEY WARREN

HELGA MARSHALL

STERLING GRIFFITH

—A ver si he interpretado correctamente —anunció Stuart, empujando la cuartilla hacia Candice—, lo que se deduce de los artículos periodísticos en relación a los nombres anotados en esta hoja... Doce en total. Doce personas que componían el jurado que hace diez años encontró culpable del delito de violación a Timothy Adams, posteriormente condenado a 30 años. Que luego se suicidó en prisión, colgándose del cuello con su propia correa... y del que se ha sabido hace muy poca fechas que era inocente del delito por el que le condenaron. Y ahora, de pronto, tres miembros de aquel jurado mueren como murió Timothy Adams.

—Es usted brillante, Martin. Pero se equivoca en un punto, en una simple cuestión de matiz: Adams se suicidó... Speke, Jenkins y mi marido, han sido asesinados. Cuando se publicaron las noticias que hacían referencia a lo ocurrido con Richard Speke y Gene Jenkins, se lo advertí a Mark de inmediato.

—¿Le advirtió? —intervino Stuart con la pregunta.

Siguiendo—: ¿Advirtió a su marido de que alguien estaba resucitando una antigua injusticia puesta de manifiesto a través de la confesión del tal Scott... le advirtió de que alguien estaba actuando como ángel vengador y exterminador a la propia vez?

—¿Alguien...? —inquirió con extraño énfasis, con grandilocuencia incluso, la bella cuarentona. Respondiendo—: No... no, señor Martin. Yo le puse a ese *alguien* nombre y apellido.

—Me gana usted en brillantez, señora. ¿Estoy en condiciones de saber ese nombre y apellido?

—Por supuesto. He venido a decírselo... Eva Marie Adams.

—¿La hija de Timothy?

—Sí. Claro.

—¿Y por qué no decírselo a la policía? —enarcó las cejas el detective.

Cuando Bisset ensayó un elocuente gesto de censura. Y puede que hasta de extrañeza.

—Me sorprende su interrogante, detective. La policía exige pruebas a la hora de establecer culpables. La policía es muy suya y acepta de mal talante las sugerencias. La policía no ve con buenos ojos que nadie sea más sagaz que ella. La policía no resuelve nunca nada con rapidez y eficacia. ¿Le parecen pocas razones del... *por qué* no?

—Eva Marie Adams... —musitó Stuart, como ignorando los reproches de Candice a la policía que al mismo tiempo eran reproches a la anterior pregunta de él—. ¿Por qué?

—¿Quiere que se lo explique? —vibraban la ironía y hasta el despotismo en la inflexión de la extraordinaria y personalísima hembra. Estalló—: ¡Porque es su hija!

—Y usted da por sentado que las hijas tienen que vengar a los padres de las injusticias que con ellos cometieron dos lustros atrás. Como teoría, permítame que le diga que es de lo más absurdo que he oído en los últimos tiempos. Ahora bien, considerando que es usted parte dañada en la cuestión, puede aceptarse. Tiene un justificante, sí. Pero, pregunto... ¿Usted vengaría a su marido?

—¡Por supuesto! ¡Sí...!

—¿Sería capaz, si pudiera, de ahorcar a Eva Marie Adams?

—¡Con mis propias manos!

—¿Y está segura de que seguirá pensando igual transcurridos diez años... cuando a lo mejor haya vuelto, incluso, a casarse otra vez?

Los ojos de la hembra formidable chispearon de rabia.

—¡Me está usted ofendiendo!

—Si al ser consecuente con unos principios le llama usted así...

perdóneme. No ha sabido intencionalidad por mi parte, se lo aseguro. Estoy tratando de probarle que las personas, las personas lógicas se entiende, aunque no lleguemos a olvidar por completo, decrecemos con el paso del tiempo en la intensidad de nuestra vehemencia con respecto a un hecho concreto. Son pocos los que viven albergando un odio intenso y permanente como el primer día. Las madres se desesperan, cosa enormemente lógica, ante la muerte de un hijo. Y acaban sobreviviendo... ¿o no?

—No hablamos de los mismo, Stuart Martin.

—¿No...? —ofreció un rictus de sorpresa en sus facciones que nada tenía de fingido—, ¿De qué me habla usted, entonces, señora?

—De una niña de quince años que vio como condenaban de por vida a su progenitor por un hecho que a ella, como integrante del sexo malparado en la cuestión, la situaba en difícil coyuntura. Si aceptaba a su padre como tal delincuente insinuando comprensión, compasión..., ¿qué podía exigir si algún día resultaba violada? ¿Tenía, entonces, que odiar a su padre por lo sucedido? No, no hubiera sido de bien nacida. Aquel suceso se convirtió en una auténtica tortura para Eva Marie Adams. Es más: la marcó para los restos. De ahí que el suicidio de Timothy, con todo lo que ello comportaba, viniera a ser como un alivio, como un respiro, como algo que relajaba la tensión psíquica de la muchacha. Pasaron los años... han pasado, sí. Diez... Pero, ¿cómo cree que se habrá sentido ahora Eva Marie al saber que estuvo a punto de odiar a su padre por una infamia que no cometió, que aceptó casi como una bendición el suicidio de Timothy creyéndolo una liberación, que hizo esfuerzos a lo largo del tiempo para olvidar que era la hija de un violador... y que ahora, de pronto, Timothy Adams resulta ser una víctima de la torpeza humana, un reo de la injusticia, un cadáver hecho cenizas que clama venganza desde el más allá... ¿COMO CREE QUE SE SIENTE EVA MARIE ADAMS, señor Martin?

—Dígamelo usted, se lo ruego. Es mujer, y por lógica, debe comprender mejor las reacciones femeninas e identificarse con ellas, ¿no?

—¡Sí, claro, yo se lo diré! —exclamó la hembra, resuelta. Añadiendo con remarcado énfasis—: Ansiosa... se sentirá ansiosa por exterminar uno a uno a los responsables de la desgracia que hundió en la ignominia, el escándalo y una muerte que en aquel momento parecía refrendar el veredicto de culpabilidad emitida, a su padre. Se sentirá... ¡demente por saborear una venganza que hasta cierto punto le pertenece! Yo lo entendería así, de no ser que me ha arrebatado la vida de mi esposo.

—Creo, señora —anunció Stuart, sin dejarse impresionar lo más mínimo por la dúctil fraseología y las fantasiosas composiciones de lugar que elaboraba, con extraordinaria facilidad, Candice Bisset—, que está cayendo en el mismo error que quienes encontraron culpable a Timothy Adams.

—¡No es su opinión lo que he venido a pedir!

—¿Qué ha venido a pedirme, entonces?

—Que pruebe que Eva Marie Adams es la ejecutora de mi marido. Y si lo prefiere de otra forma, en otros términos: Que encuentre al asesino de Mark y lo siente frente a un jurado con las suficientes evidencias que garanticen su condena. El dinero no es problema para...

—Para mí tampoco, señora Bisset... ¿O prefiere que la siga llamando señora Morgan?

—También sabe ser mordaz, ¿eh?

—Desde que se ha sentado en esa silla, señora, me ha dado usted un auténtico curso de mordacidad —dijo él, dominando definitivamente la situación. E insistió—: Le decía que el dinero tampoco es problema para mí. Ello me permite ser, hasta cierto punto, exigente. Seleccionar los casos en que intervengo.

—Entiendo. No acepta el mío.

—Una vez más, se equivoca.

Brillaron luces de esperanza en las rutilantes pupilas de aquel estupendo ejemplar femenino.

—El café se va a helar —intervino inesperadamente Susan. Añadiendo—: Ya sé que no es correcto interrumpir así, pero... ¿lo quieres o me lo tomo yo?

—Déjalo aquí, bonita.

Lo hizo, mirando de reojo y no con simpatía precisamente a la explosiva y bien conservada cuarentona.

Cuando hubo desaparecido Susan, preguntó la otra:

—¿Me estaba usted diciendo que acepta el trabajo?

—Sí... Pero no por usted ni por su dinero. Y lo ruego que no se ofenda.

—¿Entonces...? —arqueó las cejas con manifiesta extrañeza.

—Porque es un desafío, un reto interesante para cualquier profesional. ¿La sigo... sorprendiendo?

—Es usted un hombre, en verdad, desconcertante. Aunque no sea primordial la cuestión crematística, ¿podemos hablar de sus honorarios?

—En otro momento, Candice. ¿Me permite que la llame así? —vio el cabezazo aquiescente y la sonrisa de ella. Añadiendo—: Acabaremos siendo buenos amigos, lo verá. En cuanto a la minuta, suelo presentarla al final de mi trabajo. Y nadie se ha

quejado hasta ahora...

—Señor Martin...

—Stuart, por favor.

—Stuart... —la rutilante hembra de apetecibles encantos se había puesto en pie—, le he dicho la verdad al referirme al amor que sentía por mi marido, aunque entiendo que no será perdurable. Quizá después no he estado muy acertada en mis exposiciones. Los nervios quizá... Le pido disculpas por ello. No quiero emplear la palabra venganza... pero quiero, le ruego a usted, que se haga justicia. Mark y otros dos cadáveres, la reclaman. Por esos mismos motivos personales en aras de los que se les ha sacrificado.

—Haré cuanto esté en mi mano, Candice. Palabra.

—Le creo.

Y como Stuart se había puesto también en pie, ella se adelantó unos centímetros para besarlo en la boca.

Martin no se echó atrás, no. Saboreó a modo aquellos labios que, en verdad, le supieron a gloria.

—Además de sorprendente, eres interesante —dijo, tras la efusión, agitada. Y sacando una tarjeta del bolso la dejó encima de la mesa—. Aquí tienes mi dirección y teléfono, Stuart.

—Te mantendré informada, Candice. Adiós...

La acompañó hasta la puerta guardando las debidas distancias.

Cuando Stuart regresó adentro, ella, la «secre», imitando la voz de la que acababa de largarse, con mucho recochineo incluido, soltó:

—«Oh, Stuart... ¡es usted desconcertante! ¡Tan personal, tan masculino! ¡Tan hombre! ¡Ooooh, Stuart, Stuart, acabo de volverme loca por usted! ¡Me lo imagino tan ardiente en el catre! ¡Ooooh, Stuart, no me torture más, se lo ruego... hágame una desgraciada! ¡Ooooh!» —sirvióse de una pausa para añadir, en el mismo plan irónico, con mala leche incluida e imitando ahora el registro del detective—: «¡Bah, Candice, no es para tanto! ¡Reconozco que estoy muy «bueno», si..., que las vuelvo locas con la mirada, también! Pero... ¡qué voy a hacerle! No es mi culpa La tendré informada y cuando venga a informarla la pondré a gusto. ¡Ah, y no le cobraré nada por ello! Mi derroche de masculina belleza y de... no lo anotaré en la minuta ¡Hasta pronto, Candice, adiós hermosa! Piensa en mí, sueña en mí... » —una nueva pausa con Stuart mirándola, sonriente y sin interrumpirla, para que ella fuese ahora ella, exclamando—: ¡Jo, paisano! Cómo te das al primer pendón que llega, ¿eh? Y una, como es de la casa, ¡que la zurzan! ¿No te has dado cuenta de que esa lagarta está de vuelta del lío sabanero? Tiene más kilómetros hechos...

Stuart la interrumpió en este punto, sí, para besar su boca con largueza.

Para saborearla.

—Tienes unos morritos deliciosos, y aún lo serían más si no escondieran esa lengüecita viperina, de víbora chiquitita, muy chiquitita... Una viborita muy bonita, ¿sabes? ¿Estás muy, pero que muy celosita?

Susan le besó, por su cuenta y riesgo esta vez, antes de responder:

—¡Qué bien te lo montas conmigo!, ¿eh? ¡Vete al cuerno! Abusas de mí porque sabes que me tienes tonta perdida por tus huesos.

Stuart se miró a sí mismo en dirección a los pies, confirmando:

—De eso estoy seguro, chata. Huesos... Porque chicha, lo que se dice chicha, no me sobre ninguna. Oye, te propongo un juego.

—¡Déjame que lo adivine, huesos!

—Dejo.

—El juego de los detectives, ¿eh, eh?

—¿Ya sabe la madre que te parió que ese día parió a una chica tan mona y tan lista como tú?

—Ahora dame jabón, caradura. Estoy esperando que me preguntes...

—¿Si te has quedado con la copla de lo que hablábamos Candice y yo...? ¡Me consta que sí, cotilla! ¿Cuándo has dejado tú de

escuchar lo que yo hablaba con una mujer?

—¡Jo, tío! Si te oye alguien, ¿qué pensará de mí?

—La verdad. Que eres una chafarderita integral con unos morros que se pegan al besar..., que parecen chicle de suave perfume y extraordinario calorcillo que, que... ¿Me das una ración de hociquito?

Puso su boca, profundamente, en la del detective.

—¡Ah...! —suspiró luego—. ¡Es lo mismo que estar en la gloria! Y como lo sabes, haces conmigo lo que te sale..., ¡perrerrías haces, cabrito! ¿Jugamos o no a los detectives?

—O.K. Y luego jugaremos a papás y mamás, ¿eh? ¡Tranquila, tranquila! Ya tomaré las debidas precauciones para que no se te hinche la barriga. Y entretanto, ¿qué te parece si buscas en el archivo el ejemplar del *Herald Tribune* de veinticinco de los presentes y corrientes, ¿eh?

—Está hecho, Sherlock Holmes.

—Soy mucho mejor que Sherlock Holmes, no lo olvides.

—¡Encima modesto! —exclamó, regresando con el periódico en cuestión, que echó sobre la mesa—. Ahí lo tienes.

Stuart buscó la página de sucesos para volver a leer lo que minutos antes leyerá en presencia de Candice. Después, empujando la página hacia la «secre», dijo:

—Ilústrate, ojitos guapos. El saber no ocupa lugar...

Lo hizo ella, con calma. Como leyendo los artículos a cuestionar, en profundidad. Luego alzó la cabeza esperando que él preguntase:

—¿Deducciones, señorita?

—El sargento de la bofia que interrogó al tal Scott y Gene el ahorcado, tienen el mismo apellido: JENKINS.

—Uno a cero a favor tuyo, ojitos. Deben ser familia, sí... ¿Casual, no te parece?

—El mundo está hecho de casualidades, Susan Carradine —filosofó ella, suscribiendo la máxima con su nombre y apellido. Inquiriendo—: ¿Hermanos?

—Posible —cabeceó, afirmativo, Stuart. Agregando—: La noticia de la confesión por parte de Scott sobre su autoría en la violación de Martha Dotrice y la crónica del asesinato de Richard Speke aparecen publicadas el mismo día porque se produjeron, casi conjuntamente, la noche anterior. Y eso, pensando con detenimiento, agujerea la hipótesis de la señora Bisset o Morgan...

—...«o acabaremos siendo buenos amigos, lo verá»— le interrumpió Susan, ironizando de nuevo con una frase del diálogo mantenido por la cliente y el detective.

—¡No perdonas una!, ¿eh?

—Eh. ¿Qué decías?

—Que Eva Marie Adams no creo que sea adivina o tenga poderes telepáticos. Si ella es la autora de esos ahorcamientos en cumplimiento de una venganza, esa misma venganza sólo tiene vigencia a partir del momento en que ella supo de la confesión de Mason. Y eso se publicó el día 25, lo que significa que esa muchacha asesinó a Richard Speke antes de saber de la inocencia de su padre. Ilógico por completo. Después de diez años y sin razones verosímiles, que aún no las tenía, no pudo darle ese venazo.

—Uno a uno, pesquisa —sonrió la participante femenina del juego. Añadiendo—: Además, so pena de que Eva Marie sea la mujer barbuda del circo, es difícil que ella sola haya conseguido estrangular a un hombre, colgarlo luego del balcón, o de la lámpara, o de donde sea... Dos a uno, ¿verdad?

—Por las señales de violencia de que se habla en los ahorcamientos de Speke y Jenkins, según los informes forenses anteriores al hecho de la estrangulación, queda claro que Eva Marie, suponiendo que sea Eva Marie, de lo que tengo mis dudas antes de empezar, no trabaja sola.

—¿Y tú, con quién vas a trabajar, guaperas de tu «secre»?

—Para que sigas estando celosita, con Tuesday Miller.

—¡De pendón a pendón... causarás mi defunción! —exclamó—. ¡Eh! ¡Qué haces que no aplaudes mi originalidad!, ¿eh? —hizo un rictus, un guiño que despertó la hilaridad del detective. Exclamando ella entonces—: ¡Sí, riéte, hombre riéte! Coña marinera encima. ¡Pero mira que soy desgraciada!, ¿eh? ¡No te sigas riendo, gamberro! Te juro por éstas... —repitió el ademán—, por éstas, que cualquier día llegas a este chamizo y no me encuentras. ¿Qué te juegas?

—Ni un «gui», ni un maravedí... ¡Pero qué rica estás cuando te enfadas! ¡Qué mejillas, tan rojas, qué hociquitos tan, tan...!

—No te hagas el loco, paisano. ¿Conoces de algo a la Tuesday esa?

—De nada. Pero la conoceré en breve.

—¿Puedo preguntar para qué puñetas la necesitas?

—No deberías, pero como lo has... Parece estar al corriente de como se han desarrollado todos los hechos. Además, esas periodistas cuconas, siempre tienen conexiones en el ámbito policial, ¿me sigues? —vio un gesto de resignación en la carita de Susan—, Puede serme útil, sí.

—¿En la cama también? ¡Digo! ¡Con la habilidad que tú tienes para trajinar al personal femenino! Y, sigo preguntándome para mis interiores de adentro... ¿En qué puede serte útil, realmente útil, la niña de la pluma?

—Puede... —Stuart estaba acariciando por encima de la casaca

verde el rotundo relieve de aquellos pechos aguerridos, cálidos, que ahora palpitaban velozmente—, por ejemplo, facilitarme una foto de Eva Marie Adams.

—¿Te vas a hacer un póster con el retrato de la asesina?

—La hemos descartado en principio como tal asesina, ¿no, socia? Quiero la instantánea para mostrársela a un caballero llamado David Hargreaver que dice que vio salir a una mujer a las tres y pico de la madrugada del apartamento de Speke la misma noche del ahorcamiento. Y la niña de la pluma que tú dices, puede conectarme con el sargento Jenkins para que me cuente su grado de parentesco con el tal Gene, defuncionado en la lámpara de su dormitorio... Y además, por alguna parte, lugar y persona, he de empezar, digo yo, ¿no? ¿O no digo bien?

—Pienso que tienes razón. Que tienes razón en lo de Eva Marie Adams; en lo dudoso de su culpabilidad. Pero, la etiqueta «*Por motivos personales*», parece en efecto, acusarla. Y volvemos entonces a lo de que esos *motivos* no podían existir hasta que ella conociera la confesión de Scott Mason... Complicado, sí, muy complicado.

—Además, bonita de todo, se me antoja del género pero que muy estúpido que un asesino, o asesina, vaya dejando junto a sus víctimas insinuaciones literarias, más o menos veladas, que apunten hacia su identidad, con textos tan innecesarios como absurdos. ¿Sigo, o no, diciendo bien?

Ella le dio un beso.

—Haces, canalla, haces... más que decir, haces —él, seguía con sus ardientes exposiciones de cariño en torno a los pechos ubérrimos de la desasosegada hembra—, ¡haces! ¡Cómo me pones, tío! Ciega... Y cómo te estás poniendo tú, ¿eh? Vas a hacer cisco la cremallera de la... ¡Eh, Stuart! No... ¡No me pellizques! No ahí... No, que me vuelvo... ¡Oh, oh...! ¡Pellizca, loco, pellizca! ¡Haz lo que te...! ¡Oh, canalla, precioso canalla! ¡Stuart...! No puedo más...

Martin fue a la puerta y echó el pestillo regresando de inmediato al lado de Susan.

Ella misma se había despojado de la casaca verde, ella misma se...

El mismo hizo lo que tenía que hacer con ella misma dadas las circunstancias que les rodeaban.

Y eso que no era muy guapo, que no era un detective de novela, que no era un galán de película intrigante, que no... Que no hay mal que por Susan no venga.

CAPITULO III

El conserje, que tenía instalado su cuartel general en el vestíbulo del edificio donde se ubicaban los talleres, redacción y administración del *New York Herald Tribune*, se lo dijo:

—Miss Miller no suele venir hasta las tres de la tarde.

—¡Ah...!

Pero como el tipo estaba homologado a la cordialidad y simpatía, tras consultar el enorme reloj que ocupaba una parte destacada y visible del vestíbulo, añadió:

—Pero a esta hora... seguro que se encuentra en el Grill Snack. Está muy cerca de aquí. En la confluencia de la Atlantic Avenue con la 4 th.

—O.K. —le sonrió Stuart agradecido. Y—: ¡Oiga, maestro! ¿Cómo podré identificarla sin necesidad de andar preguntando...?

El funcionario se rascó la barbilla antes de contestar:

—Verá, yo no soy muy amigo de las filosofías entre otras cosas porque no las entiendo. Pero con respecto a Tuesday, además de que es una cría pues no creo que tenga muchos días más de los 20 años, puedo decirle que no necesita señas para identificarla: *se nota que está*. ¿Comprende?

No mucho pero le dijo:

—Sí... ¡claro! Y gracias, maestro.

—Para eso estamos, señor.

Stuart Martin fijó el rumbo hacia el Grill Snack.

Era una cosa modernita, sí, se dijo al entrar. Con mucha juventud en el interior.

Dio una ojeada.

Y sonrió, pensando en el conserje.

Porque tenía razón.

Tuesday Miller...

Se notaba su presencia, sí.

Sentada en lo alto de un taburete estaba dando buena cuenta de una hamburguesa que acompañaba con una jarra amarilla coronada en blanco.

Stuart la estudió sin disimulo, sin el menor recato: en efecto, no hacía muchos días que había rebasado el 20 aniversario de su estancia en el planeta. Su cabello era de un rubio muy claro y lo llevaba hecho un manojo de pequeños y múltiples rizos a causa de aquellas permanentes que ahora se hacían las chicas y que daba la sensación de que llevaban el pelo siempre mojado. Su carita quedaba graciosa debajo del flequillo enmarañado y amarillento, como gracia y picardía tenía aquella nariz de corte respingón que por arriba separaba las órbitas donde estaban

metidos un par de hermosos y grandotes ojos azulados y que por abajo se detenía, como si de un toque de atención se tratara, encima de la boca más carnal, roja, húmeda y bien formada, que Stuart había visto en su puñetera vida. Eran aquéllos unos labios que apetecía saborear a las primeras de cambio, así, sin más.

—Me gustaría besarte, Tuesday. Ahora mismo.

—¿No ves que estoy comiendo una hamburguesa, hombre? ¿Y la cebolla, qué?

—No me importa, rubia. Tus labios, hasta encebollados, tienen que saber a gloria... ¿Me permites?

Apartó Stuart Martin con mucha suavidad la hamburguesa, inclinándola para besar los fragantes y apetecibles labios de la jovencísima Tuesday que, con una luminosa sonrisa bailando en sus azuladas pupilas recibió, casi satisfecha, la efusión de aquel simpático y desconocido libertino.

—Gracias —dijo él, terminando el sabroso ósculo. Preguntando—: ¿Me permites?

Ella movió la cabeza en sentido afirmativo pero Martin, no volvió a besarla y sí cogió la jarra de cerveza echándose un trago entre pecho y espalda.

—Es para acompañar la cebolla —dijo.

Tuesday, que lo miraba más o menos como hubiera contemplado al supermán o a un recién llegado de Marte, quiso saber:

—¿Y tú quién eres, carota?

—Sandokán..., pero vestido de paisano. ¿No me digas que no me habías reconocido?

—Bueno... sí, ahora que te miro bien, sí. Pero acostúmbrate a llevar el tigre en la mano.

—¿No me pides que te haga un hijo?

—No.

—No... Me llamo Stuart Martin. Lo de Sandokán era una broma.

—¡No me digas!

—Sí... —volvió a coger la jarra pero esta vez no bebió. Señalando una mesa del fondo le dijo a la rubita—: ¿Qué te parece si nos sentamos allí, lejos del mundanal ruido?

—Me parece bien.

Cuando se alejaban del mostrador el tipo que estaba sentado en el taburete de la derecha con respecto al que Tuesday acababa de dejar libre, le dijo al camarero: —¿Se ha dado cuenta? ¡El mundo es de los sinvergüenzas!

—¡Y que lo diga, oiga, y que lo diga! —exclamó el que se hallaba al otro lado del mostrador. Añadiendo—: Y no se crea... que éste aún es de los educados, ¿eh? Yo los he visto entrar y meterles mano al culo a las chicas con la misma naturalidad que si

repartieran estampas... ¡El mundo está hecho una mierda, oiga! Tuesday, en la mesa y acodada en ella, con el resto de la hamburguesa a un par de centímetros de sus carnosos y húmedos labios, miraba rectamente al rostro de Stuart. El, con igual falta de recato que desde el principio, observaba el ir y venir de unos pechos que se adivinaban preciosos, erguidos, sin sostén, debajo de una curiosa blusa multicolor que parecía confeccionada con retales de otras muchas.

—¿Por qué has montado ese belén, Stuart Martin?

—Porque soy muy tímido y de no haberlo hecho así jamás me hubiera atrevido a hablarte.

—Te creo. Pero ¿por qué?

—Necesito que me hagas un favor.

—Supongo que después de besarme desearás pedir que me acueste contigo, ¿no?

El detective ensayó un gesto facilón de sorpresa y alegría al mismo tiempo.

—¡Mujer...! Ahora que lo dices, pues sí. No me parece mala idea. Hincó los dientes en la hamburguesa.

—Dentro de media hora tengo que estar en el periódico. ¿De qué se trata?

Se lo largó sin más escenografía y sin el menor tapujo.

—¡Vaya, hombre! Así que un pesquisa, ¿eh?

—Soy...

—¿Y quieres una foto de Eva Marie Adams, y quieres que te gestione una entrevista con Ryan Jenkins y quieres...? ¿Sabes lo que quieres, Martin?

—Sé.

—No, no lo sabes. Ryan está que muerde porque Gene, en efecto y como tu suponías, es... era su hermano. El policía sí que se ha tomado esto como una cuestión verdaderamente personal y es muy capaz de pisarle el hígado al primero que se entrometa. Incluso sus mandos naturales le han dado carta blanca en este asunto.

—A lo mejor le caigo bien...

—Nadie le cae bien al sargento Jenkins y mucho menos si es detective. Lo tienes negro, Stuart. En cuanto a la foto... ¡Oye! ¿Sabes de las vinculaciones de Gene Jenkins con Eva Marie?

—Sólo sé que no sé nada. Primero, Séneca, ahora Stuart Martin.

—En el fondo te defiendes, fisgón. Sabes ser simpático...

—Reconozco que no eres la primera que lo reconoce, valga la redundancia.

—Ya sé que eres un muchachote con mucho ingenio, Stuart Martin. Pero si quieres que hablemos déjate de gracias porque

dispongo de poco tiempo, ¿eh?

—Escucho.

—Gene Jenkins, en efecto, fue uno de los jurados cuyo veredicto mandó a Timothy al talego. Cuando éste se suicidó, Gene, que siempre había tenido dudas sobre la culpabilidad, tuvo enormes remordimientos. La conciencia no le dejaba vivir de día ni dormir de noche. La imagen de Timothy Adams colgado del cuello en su celda se le aparecía una y otra vez. Pensó que debía hacer algo para acallar aquellas extrañas voces y para sentirse en paz consigo mismo.

—¡Déjame que te dé muestras de mi intuición?, ¿eh? —la cortó. Y sin esperar aquiescencia, dijo—: Gene Jenkins se hizo cargo de Eva Marie Adams, la apadrinó, dispuso para ella un futuro lleno de esperanzas y con felicísimo horizonte...

—Eva Marie contaba entonces dieciséis años y ya era toda una mujercita que Jenkins empleó en las oficinas de la General Insurance, compañía de la que un par de años después él sería director-delegado. Eva Marie resultó ser una muchachita dulce, cariñosa y educada, competente además, lo cual, contando con la simpatía y patrocinio de Gene le había de valer el puesto de secretaria personal de éste. La huerfanita les cayó tremendamente bien a los Jenkins ya que la propia esposa de Gene, Rebeca, estimó la conveniencia de que la niña viviera con ellos hasta su mayoría de edad y emancipación.

—Una chica a los dieciséis años, suele ser una mujer.

—Es... Y sobre todo cuando su patrocinador sólo tiene nueve años más que ella. Eso, la hace sentirse mucho más mujer.

—Prefiero no entender.

—Será mejor que entiendas.

—Gene no quiso... y Eva Marie se vengó aprovechando la coyuntura de que precisamente Ryan descubriese la inocencia de su padre a través de la confesión de Scott Mason. ¿Es eso?

—Una hipótesis. Pero no olvides que la has apuntado tú, ¿eh?

—¿Qué hay de la foto?

—Dalo por hecho. La tendrás esta tarde.

—Sigo queriendo conocer a Ryan Jenkins.

Apuró ella lo que restaba de cerveza antes de decir:

—Y a mí, me sigue pareciendo temerario.

—¿A qué hora suele estar en el Precinto 14?

—A todas y a ninguna —y batiendo palmas, suavemente, exclamó—: ¡Camarero!

—¿Sí, miss Miller? —se acercó el de la pajarita negra.

—Un café para mí. ¿Y tú, Stuart?

—Que sean dos.

Se alejó el hombre y Martin insistió:

—¿Cuál es la mejor hora para encontrarle, Tuesday?

—Ve a las cuatro porque eres muy tozudo y no lograré convencerte de la inconveniencia de esa visita. Yo le llamaré antes por teléfono, presentándote. No va a servir de mucho, pero...

—¿Qué piensas de todo esto, Tuesday? Tú eres una experta en crónicas negras... ¿*Por motivos personales...* de quién?

—Se supone que el detective eres tú y el policía Ryan Jenkins —sonrió la dulce y atractiva rubita con sus labios rojos, labios fresones, extendidos, y sus ojos danzarines iluminados—, ¡Estaría bueno que yo os solucionara el caso!

—Sería como un homenaje a las reivindicaciones femeninas, ¿no te parece?

Tuesday Miller miró al delgado y alto detective con singular interés.

—Lo que me parece es que tú te has metido en mi vida, así por la cara, y yo, que voy de tolerante, me he quedado tan tranquila. ¿Quieres que te diga una cosa?

—Dime una cosa.

—Esa tía... —dudó ella, mordiéndose el labio—, tu cliente...

—¿Candice Bisset?

—¡Eso! La viuda de Morgan. ¿No te extraña que disponga de una lista de los jurados que condenaron a Timothy Adams, hace diez años, y la tenga preparada para mostrársela a un detective en punto han ahorcado a su marido?

—Me vas a volver más loco de lo que estoy, nena.

—Lo cual no es muy difícil. Aunque debo reconocer que eres un loco encantador...

—¡Lo sabía! —estalló Stuart poniéndose en pie y llamando la atención de buena parte de la concurrencia—. ¡Estaba seguro de ello! ¡Y sé que acabarás pidiéndome que sea el padre de tu primer hijo!

—¿No te sentirías defraudado si tuvieras que ser el segundo?

—Bueno... Ya se ha empezado a oscurecer mi buena estrella. ¿Me decías de Candice viuda de Morgan?

—Que sin descartar los motivos personales de Eva Marie y una posible venganza, idea que no me acaba de gustar y en ello comparto tu criterio... como experta en crónicas negras que dices que soy, pienso que *por motivos personales* puede ser simplemente un texto para la confusión, una frase para el desconcierto, una hoja que no nos deje ver el bosque. Muchas personas, a lo peor, podían tener motivos personales para colgar por el cuello a Richard Speke, Gene Jenkins y Mark Morgan. Todos tenemos

enemigos por simpáticos que seamos. ¿Quién no te dice, por ejemplo, que Eva Marie ha colgado a Jenkins y Speke por *sus motivos personales* y Candice Bisset ha aprovechado la circunstancia para ahorcar a su marido *por motivos personales*?

—No está mal pensado, Tuesday. ¿Pero te das cuenta de lo que eso complicaría las cosas?

—Me doy, me doy... ¡pero las he visto mucho más complicadas! Después de tu entrevista con el bulldog

Jenkins, que te deseo te sea lo más leve posible, te pasas por la redacción a recoger la foto de Eva Marie. ¿Quieres sus señas?

—Sí. ¡Ah! Por qué no me facilitas todos los datos de que dispongas de las tres víctimas, ¿eh? ¡Ah...! ¿Y por qué no ves lo que puedes averiguar acerca de un tipo llamado David Hargreaver?

—¿El que vio salir a una mujer del apartamento de Speke?

—¡Bingo! Vales lo que pesas en oro, muñeca.

Llegó el camarero con un par de tazas de humeante café que depositó encima de la mesa.

—¿Sabes una cosa, Stuart Martin?

—Dímela.

—Ni el director del *Herald Tribune* se atrevería a pedirme tantas cosas a la vez y...

—Perdona —se puso él en pie—. Si te he molestado me voy y te olvidas de que he entrado en tu vida. Yo creía...

Tuesday lo cogió por la mano y el detective pareció caerse de golpe y eso para besar los labios de ella.

La jovencísima periodista no sólo saboreó el beso sino que sus manos enlazaron la nuca del detective para prolongar la caricia.

—Después de esto, ¿cómo quieres que olvide...? —se había terminado el ósculo. Añadió ella—: Haré lo que me pides porque soy una chica muy realista. Me vas y no puedo evitarlo. Reconozco que te lo has montado bien, que vas por el rollo con gracia... pero no quisiera que todo eso te llevara a confundirte, que te creyeses que todo el monte era orégano, oro todo lo que reluce, o que me meto en la cama con el primero que me cae simpático.

—Hemos quedado en que yo era el segundo, ¿no?

Tuesday soltó una sonora carcajada.

—¡Eres...! ¡Yo sé lo que eres!

Brindaron con las tazas de café, hecho que llamó la atención de más de uno... Aunque la atención, dicho sea de paso, la estaban llamando desde el momento en que Stuart había entrado en el Grill Snack dirigiéndose a la preciosa rubita.

Tuesday se puso en pie.

—Tengo que irme.

Su falda de cuero silueteaba crudamente el recorte de sus glúteos eufóricos, sensuales, y las botas camperas, anárquicas, dejaban entrever una exquisita porción de sus bien trazadas piernas.

—Te acompaño hasta la redacción, ¿eh?

—Vale.

CAPÍTULO IV

—Sí... —lo miraba de pies a cabeza, de arriba abajo, como se mira a los bichos raros—. Tuesday me ha llamado por teléfono. Me ha dicho que tú vendrías. No me ha gustado. No me gustan los fisgones. No me gusta tu visita. ¿Qué quieres, detective Martin?

Stuart recorrió con la vista la recia, cuadrada y musculosa envergadura física del sargento Jenkins, sentado al otro lado de la mesa en su despacho del Precinto 14.

Sintiéndose alguien. Sintiéndose superior.

Aunque crispado. Tenso. Molesto y preocupado con la sola idea de que alguien pudiera llegar antes que él a la identidad del asesino de su hermano.

—No veo el por qué no podemos ser compatibles, sargento.

—Tú y yo somos incompatibles, pesquisa. Eso está fuera de toda duda.

—Usted, Es, incompatible con su misma sombra, Jenkins. Iré al grano, sargento. Usted, supongo que a través de su hermano, tenía relación amistosa con Eva Marie Adams... ¿Cabe la posibilidad de que ilusionada, deseando brindarle la mejor de las noticias, una excepcional y sorprendente noticia, la llamara por teléfono confiándole la confesión de Scott Adams antes de que ese hecho cobrara oficialidad?

Los ojillos oscuros del sargento que brillaban como ascuas en el marco de su rostro sanguíneo, chispearon peligrosamente.

—Detective..., estás desafiando tu buena suerte. ¡Me cuesta un gran esfuerzo no chafarte la cabeza!

—Inténtalo... —Stuart, muy despacio, con inflexión ominosa, salió de su ficticio encogimiento, de su fingida pasividad, entrando también en el tuteo—: Inténtalo, sargento Jenkins, y aquí mismo, en el Precinto, en tu despacho, te voy a pegar una paliza que vas a mear sangre. ¿Me explico, policía? ¿A qué esperas ahora, bravucón con placa y pistola?

El desafío era abierto, sí. Flagrante. Pero algo muy grave debió leer Ryan Jenkins en el fondo de las pupilas del detective, muy clara le pareció la decisión que se reflejaba en el semblante del muchacho, porque se acojonó.

Optando por ser más cordial, por dialogar al menos sin permanente ofensa y menosprecio al otro, dijo:

—Fui a comunicarlo a mis superiores. A nadie más. Y eso, porque me pareció un hecho importante.

—¿No fue una temeridad dejar solo a Scott en el calabozo, sargento?

—En principio, no. Se hace en miles de ocasiones. Si Mason no

hubiera llevado oculta esa navaja y no la hubiese empleado contra sí mismo, ahora, todo parecería normal.

—Sí... —admitió el detective. Inquiriendo—: ¿Es Eva Marie la responsable de esos ahorcamientos?

—Como policía la tengo en el repertorio de sospechosos. Como persona que conoce a Eva Marie desde hace años y que la ha tratado bastante a fondo, me parece la estupidez más grande que he oído en mi vida. Rotundamente, no. Eva Marie es incapaz de matar a nadie y mucho menos de hacerlo con esa crueldad... Adoraba a Gene. Imposible aceptar que ella haya podido matarlo. Detective, ¿por cuenta de quién trabajas?

—Secreto de sumario. Ya sabes, ¿no?

—Pides colaboración pero no colaboras, ¿eh?

—Puedo responderte a cualquier pregunta menos a la que se refiere a la identidad de mi cliente. Espero que lo comprendas.

No hizo el policía ningún nuevo comentario sobre aquel apartado de la cuestión. Pero sí quiso saber:

—¿Cuál es tu hipótesis? Me interesa.

—He descartado desde un principio a Eva Marie. Quizá por diferentes razones que tú, pero válidas al fin y al cabo. La principal, por falta de lógica. Quizá existen otras personas con resentimientos personales hacia los 12 integrantes del jurado que condenaron a Timothy Adams.

—¿Quiénes?

—Si supiera esto te ponía el caso en bandeja. Ni idea, sargento. Tú debes tener algún sospechoso principal, ¿no?

—No... Pero sí unas ansias locas de cazar al que colgó a mi hermano Gene.

—Lo entiendo.

—Entonces, detective —Ryan Jenkins volvía a ponerse desagradable—, procura andar con pies de plomo. Trabaja, pero no interfieras... Porque de ser así, o me matas, o te cuelgo yo con un letrero al cuello. ¿Está claro?

—Eres un tipo rudo y entiendo que torpe. No te auguro demasiado éxito en este asunto ni en ningún otro que te asignen. Y no vayas a darte por ofendido, me parecería absurdo, Jenkins.

—Creo que he tenido demasiada paciencia contigo fisgón. Te ha valido la llamada de Tuesday.

—Y a ti te valen otras cosas, amigo. Te devuelvo el consejo: no abuses de eso, ¿eh?

—¿Me estás amenazando, Stuart Martin? —se puso en pie el sargento con ademán agresivo.

—Puedes tomarlo como quieras... No ha sido ningún placer conocerte, sargento. ¡Hasta nunca!

Y salió el detective dando un portazo.

En la calle y sin saber exactamente por qué, quizá porque procuraba olvidarse lo antes posible de Ryan Jenkins y la desagradable entrevista que acababa de mantener con él, le vinieron a la memoria unas frases de Tuesday Miller:

«¿Quién no te dice, por ejemplo, que Eva Marie a colgado a Jenkins y Speke por sus motivos personales y Candice Bisset ha aprovechado la circunstancia para ahorcar a su marido por sus motivos personales?»

Si eso llegaba a ser verdad...

Se coló en la primera cabina telefónica que le salió al paso y tras revolver en uno de los bolsillos del pantalón en busca de la tarjeta de la viuda de Morgan, disco su número en el dial.

La señal de llamada, el crujido al alzarse el auricular en el otro extremo y el consabido:

—¿Diga...?

—¿Candice? —preguntó.

—Sí. ¿Quién llama?

—¿Ya te has olvidado del tono melodioso de mi voz? —entró el detective en aquel devenir cáustico que tan bien se le daba.

—¡Ah...! —exclamó la dama de pies a cabeza—.

¿Stuart?

—O.K. Oye, pequeña, una pregunta: ¿Tú no tendrías por casualidad algún, digamos... *motivo personal*, para colgar a tu marido del alma aprovechando las circunstancias, ¿eh?

—¿Y venir luego a pedirte que sentaras al asesino en el banquillo? ¡Por favor, bonito! Te hacía más coherente, más serio... ¿Es que le pegas a la yerba?

Ella no podía verle pero Stuart puso una cara que era todo un poema. Una expresión que no la habría mejorado el Bob Hope de las grandes tardes.

—Perdona. Reconozco que esta llamada ha sido una solemne estupidez por mi parte. ¡Nos veremos!

Y colgó, saliendo.

Más tranquilo, eso sí. Candice decía que no estaba loca. Que no iba a ahorcar a su Mark Morgan y luego pedirle a un pesquisa que buscara al asesino Claro que, las mujeres eran tan complicadas.

—Las mujeres sois muy complicadas —se lo dijo a Tuesday cuando estuvo frente a ella en el pequeño y coquetón despachito que la chica tenía en la cuarta planta de redacción del *New York Herald Tribune*.

—¿A qué viene eso? —preguntó la bellísima y dulce rubita de permanente caracolada y rutilantes pupilas azules.

—Candice Bisset dice que no, que ella no tenía motivos para

colgar a su amantísimo esposo. Eres una mal pensada, Tuesday.

—¡Oye...! ¿No me dirás que se lo has preguntado?

—Se lo he preguntado.

—¡Para morirse! —y se llevó las manos a las sienes. Luego, con un suspiro, miró al detective con patente admiración, inquiriendo —: ¿Qué tal te ha ido con Jenkins?

—Como tú suponías. Mal. ¿Tienes esa foto?

Empujó un sobre hacia él.

—Ahí está. Y dentro tienes un pequeño *curriculum vitae* de Gene Jenkins, Mark Morgan y Richard Speke. De los tres, este último es el único que no tenía familia, ni parientes, ni nada por el estilo. ¡Ah, se me olvidaba! La dirección de Eva Marie es... ¿Lo anotas en el sobre? —vio que Stuart le decía que sí con la cabeza y añadió —: Waverly Street, 7. Es una callecita estrecha del barrio bohemio, Greenwich. Donde vivía con su padre cuando éste fue detenido por la violación de Martha Dotrice. Eva Marie no quiso deshacerse del piso durante el tiempo que estuvo viviendo con el matrimonio Jenkins, y a su mayoría de edad regresó a él.

—Nostalgia quizá...

—Quizá. ¡Otra cosa! A David Hargreaver no le encontrarás en su apartamento hasta las tres y algo de la madrugada.

—Lo suponía. Trabaja en un frankfurt y hace el turno de noche por lo que se ve.

—Puedes ir al frankfurt si quieres, ¿no? Munich Bier se llama y está en Columbia Street, frente a Gowanus Bay, en el South Brooklyn.

—Se me ocurre algo, Tuesday.

—¿Como qué? —sonrió ella vivaracha enarcando sus depiladas cejas.

—¿A qué hora terminas aquí?

—Hoy, sobre las once y media.

—Bien —sonrió a su vez, animoso, el detective—. Iré a charlar con Eva Marie y de regreso paso a recogerte para que me acompañes a ese frankfurt. ¿Vale?

—¿Quieres hacértelo conmigo esta noche, verdad liante?

Stuart acarició suave una de las manos de ella, que no la retiró ni mucho menos.

—No —dijo Martin. Añadiendo—: No... si tú no quieres.

—¡Ahí está el problema, golfo! Que igual me da por querer.

—Seré el primero en celebrarlo. ¿A las once y media?

—Yes, pesquisa. ¡Que te vaya bien!

—Apuesta a que sí, preciosa.

CAPITULO V

Desde detrás de la hoja de madera un registro femenino atendió la llamada del zumbador, preguntando:

—¿Quién es...?

—Stuart Martin.

—Me quedo como estaba. ¿Qué quiere?

—Hablar contigo, Eva Marie.

—¿Sobre qué...?

—¿Es preciso que mantengamos este diálogo con la puerta de por medio? —ironizó el detective—. Si sigo gritando se va a enterar todo el vecindario de lo que pretendo.

—No tengo problemas. Ni perjuicios —insistió la chica—, ¿De qué se trata, Martin?

—De Richard Speke, de Gene Jenkins, de Mark Morgan... quiero saber si fuiste tú quien los puso tan feos con un letrado al cuello. Se abrió, ahora, de par en par, la madera.

—Detective supongo, ¿no?

—Te van a nombrar la suponedora oficial del reino. ¿Puedo pasar, pelirroja?

Sí, Eva Marie Adams era una estupenda pelirroja de cara graciosa, de cara que en principio no respondía a lo que se podía esperar físicamente de una asesina, con el pelo hecho tirabuzones a los lados y en lo que era el flequillo y unos enormes y sorprendentes ojazos verdes.

Andaba con una bata de matices transparentes que escondía un cuerpo joven y pleno que quitaba el resuello. Estaba claro que debajo de la bata sólo iban las bragas.

—Pasa.

Y le precedió a un pequeño living con amplio ventanal, eso sí, que daba a la calle. Más concretamente frente a un hotelucho de mala muerte cuyo luminoso casi podía tocarse sacando el brazo tras abrir el cristal.

Ella, indolente, se derrumbó en una butaca cruzando sus hermosos y torneados remos.

La apreciación inicial de Stuart había sido correcta: llevaba bragas, sí. Negras.

—Llevas unas bonitas bragas —dijo, sentándose en la butaca de enfrente.

—No tengo el ánimo para tonterías.

—¿Cuándo te enteraste de la confesión de Scott Mason?

—Cuando la publicaron los periódicos.

—¿Antes... no?

—¡Ya me dirás cómo!

—Eras la secretaria de tu amigo y protector...

Eva Marie se puso en guardia acribillando con los destellos esmeralda de sus grandotes ojos la figura del detective.

—¡No te pases!, ¿eh? ¿Qué insinúas?

—Iba a preguntar si te habías acostado con él.

La pelirroja se tiró hacia Stuart uñas por delante. Le atrapó una de las muñecas pasándosela a la espalda y apretó.

—¡Uuuuuy! ¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño! ¡Suel...!

—¿Te portarás correctamente, pequeña?

Volvió a fulminarlo con la vista. Pero no tenía más narices que responder:

—Sí... ¡SI!

La empujó con cierta violencia hacia el fondo de la butaquita que había dejado con la malsana intención de meterle las uñas en los ojos y luego hacerle un «7» en la piel de la cara.

—¿Te acostabas o no con Gene?

—Nos queríamos...

—¿Te sentías bien en tu papel de *la otra*, de amante?

Hizo un gesto de amargura.

—Me prometió que algún día las cosas cambiarían.

—¿Y la señora Jenkins? ¿Qué tal sobrellevaba su papel en ese *ménage á trois*?

Estaba claro que la muchacha se sentía incómoda.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Te lo he preguntado a ti, Eva Marie. ¿Sospechaba ella vuestras relaciones?

La pelirroja se mordió el labio inferior.

—En los últimos tiempos tengo la sensación de que sí. Pero me trataba con igual deferencia que siempre.

—Tú no habrías colgado a Gene por nada del mundo, ¿verdad?

—¡Es una estupidez esa pregunta, detective! Era el único hombre al que he amado en mi vida. Pero tampoco hubiera matado a Speke ni a Morgan. Me costó grandes esfuerzos olvidar todo lo concerniente a la condena de mi padre y al porqué de la misma... Resucitar fantasmas del pasado hubiera sido de graves consecuencias para mi equilibrio psíquico. El mismo día que apareció la noticia llamé al doctor Howard...

—¿Quién es el doctor Howard? —se interesó el detective, interrumpiéndola.

—Fielder Howard es el psiquiatra que trataba a mi padre y que luego cuidó de mí para evitar que el trauma producido por todo aquel horrible suceso y sus consecuencias me dañaran de por vida. Como te decía, lo llamé, y Howard me dijo...

Stuard la escuchaba con profunda atención pero no obstante, de

forma instintiva, había ladeado la testa hacia la izquierda. Sus ojos chocaron con el ventanal, cruzándolo, para captar en fracción de segundos los destellos, los hirientes chispazos que las luces del neón que pregonaban el nombre del hotelucho estaba arrancando, cegadoras, de un caño reluciente y prolongado al que seguía un cerrojo, una culata, un punto de mira, un ojo enorme metido en la entrada de un circular visor telescopio...

—¡Cuidado! —gritó.

¡PLOC! ¡PLOC!

Sonaron los dos taponazos casi convertidos en uno solo.

Stuart Martin, instantes ha, había cruzado como una exhalación por los aires, en plancha, vertiginoso, para derribar la butaca que ocupaba la pelirroja llevándosela con él a tierra y protegiendo con el suyo el cuerpo de la fémina cuando justo, justo, el francotirador le daba al gatillo.

¡PLOC!

Un tercer proyectil, sigiloso como sus predecesores, cruzó por el astillado pasillo que en cristal habían trazado los anteriores, buscando incrustarse en Stuard o en Eva. O en ambos...

Dando gritos velocísimos sobre sí mismos al tiempo que se llevaba a la chica arrastrándola por los tobillos hasta el otro lado del mueble bar, le dijo:

—Estáte quieta y no levantes la cabeza para nada. Hasta que yo vuelva...

Y siguió dando tumbos por el suelo como una loca peonza hasta adentrarse en el pasillo y ya de pie, correr escaleras abajo, cruzar como un bólide la calzada y colarse en el hotelucho sembrando el desconcierto en quienes se hallaban en el mugriento y ajado vestíbulo.

—¡Eh, eh...! —se cabreó el encargado o lo que fuera, con ademanes y pinta de maricones loca—, ¡Oiga, tío! ¡Pero...! ¡Oiga! ¿Se ha creído que esto es el coño de la Bernarda? ¡Oiga! ¡Llamaré a la policía ahora mismo! ¡Ooooh, qué sofoco! ¡Ese tío es un terrorista! ¡Madre cómo me va el corazón! ¡Me dará un pismo! ¿Dónde mierda está el teléfono?

Ni le había oído al entrar ni le oía ahora que volaba peldaños arriba.

Stuard sí había escuchado el portazo de una habitación al ser abandonada con muchas prisas y luego el taconeo de unos zapatos que se comían los escalones en dirección a la azotea del edificio.

El que iba por delante se atrincheró, de repente, en un rellano echándose el fusil a la cara para darle al gatillo en el momento que Stuart giraba, debajo, quedando al descubierto.

¡PLOC!

Tuvo que pegar un brinco de última hora y aun así la bala le sacó brillo a las puntas de su corto cabello. Rebotando en la pared Martin siguió hacia arriba extrayendo el Magnum que llevaba entre pantalón y estómago.

Oyó correr a su enemigo y el detective apuró la carrera haciendo acopio de energía, respirando sonoramente, pensando que el corazón se le iba por la boca, pero sin ceder en el galope, trotando con desesperación tras el asesino.

Se tragó cuatro peldaños de un golpe. El último rellano.

Surgió el tipo en la revuelta, a menos de tres metros, con el fusil en la cara y una sonrisa aviesa curvando sus labios.

Stuart se vino abajo tragándose, casi, las tablas de madera que en aquella parte del edificio formaban el piso.

Tiró del «rabo» del Magnum escuchándose el mismo estruendo que si una excavadora mandase la construcción al carajo.

El menda del rifle lo alzó sin llegar a dispararlo con una mueca de estupor en las facciones y un círculo muy grande, muy rojo, pegando la chaqueta de cuero a su piel a la altura del corazón.

Después cayó de bruces, pesada, ruidosamente.

Martin sabía que estaba demasiado muerto para intentar la más mínima pregunta y fue directo al registro de bolsillos. Se hizo con su cartera de skai negra y prosiguió corriendo escaleras arriba hasta alcanzar la azotea. Miró al horizonte ya estrellado pues las sombras de la noche caían desde el cielo para hacer oscuros juegos chinescos en la tierra y se dijo, muy quedo a su propio oído, que tenía que hacerlo y rápido.

Calculó la distancia al tiempo que se iba atrás tomando carrerilla y volviendo adelante.

Un, dos, tres, cuatro...

—¡Allá voy!

Fue.

O sea, que pasó la calzada por los aires, a la altura de los terrados, con un par de giros de fábula para propiciar el impulso y la inercia, aterrizando al otro lado, en la azotea del edificio donde vivía Eva Marie Adams, tras salvar limpia y olímpicamente la corta pero peligrosa balaustrada de piedra que la enmarcaba.

Se sacudió el polvo de la ropa como si nada hubiera ocurrido yéndose a la portezuela de madera, empujándola con cierta brusquedad, pasando a la escalera y por los peldaños al piso de la pelirroja.

—Puedes levantarte, muchacha. El peligro ha dejado de serlo. Tomaron las mismas posiciones de antes.

—¿Quién era? ¿Por qué...?

—Ni puta idea —no le dijo que se había adueñado de la cartera del francotirador. Y sí—: Los hay sádicos que se entretienen así... Por qué no proseguimos nuestro diálogo en el punto que lo ha interrumpido «rifle solitario», ¿eh?

—Te he dicho la verdad, detective. No tengo nada que ver en todo eso de los ahorcados. ¡Lo juro! He olvidado todo lo que pasó. Me acuerdo de Timothy Adams, mi padre, pero nada más. Está muerto. Nada ni nadie puede resucitarlo. Howard me ha pedido que me inhibiera por completo de la confesión del tal Scott Mason... que la ignorara. Eso hago, eso he hecho... Ese tipo de la escopeta venía por ti, ¿no?

—Más bien no, prenda. Estoy aquí de visita. La titular de estas paredes eres tú... ¿Captas? Cuídate, Eva Marie. A lo peor quieren matarte a ti también.

Se fue Stuart Martin hacia la puerta como si de veras allí no hubiese sucedido absolutamente nada.

—¡Escucha, pesquisa! ¿Y si vuelven a ¡tentarlo?

—Ponte al habla con un sargento de la policía llamado Ryan Jenkins. Le conoces, ¿no?

—¡Muérete, puerco!

—Hasta siempre, Eva Marie Adams. O hasta nunca...

No le había gustado excesivamente aquella chica. Demasiado de vuelta para ser tan joven. Exageradamente pasota. ¿O... no? O intentando demostrar que pasaba de todo cuando todo, en verdad, la preocupaba y mucho.

Eran muy complicadas las mujeres, desde luego.

Y él, dicho fuera de paso, estaba como al principio.

O... no. O no.

Se refugió en un desierto portal hasta el que llegaban los rayos potentes de una torre de alumbrado dándole un vistazo a los documentos del francotirador.

Carta de identidad y permiso de conducir al mismo nombre: Lionel Sirk. Y la foto, en ambos casos, era la del tipo al que Martin le había metido un plomo en el pecho.

Lionel Sirk, Lionel Sirk, Lionel... Aquel nombre y apellido le bailaba por entre los pliegues de la memoria. ¿Por qué? Lionel Sirk... ¡Ya, ya lo tenía! Era uno de los doce nombres que figuraban en la lista de jurados que le mostrara Candice Bisset.

¡Claro! Uno de los hombres cuyo veredicto había mandado a Timothy Adams a presidio.

Y... ¿Había pretendido liquidar a Eva Marie creyendo que la chica estaba escenificando su venganza y temiendo que él acabaría como un ahorcado más con etiqueta incluida?

O... ¿quizá *alguien* había exacerbado, estimulado

convenientemente la fantasía y el terror de Lionel Sirk, haciéndole creer que efectivamente Eva Marie le tenía en la lista, que iba a colgarlo... y él había decidido anticiparse eliminando a la pelirroja?

Cabían ambas hipótesis, cabían...

—Caben las dos teorías —le dijo a Tuesday después de referirle los hechos.

—¿Quién puede tener interés en que desaparezca Eva Marie?

—Misterio...

—Pero si la chica es asesinada quedará evidente que ella no habrá sido la autora de los estrangulamientos, ¿eh? —Tuesday puso sus ojos y húmedos morritos en los de Stuart, y los restregó por los de Stuart como si los de Stuart fuesen el pan y los de ella el tomate. Tras el morroteo dulce y estimulante, exclamó—: ¡Ah, se me olvidaba! Han defuncionado a un colega tuyo.

—No te entiendo —bizqueaba él, todavía a causa de las secuelas del beso.

—El teletipo ha largado la noticia hace apenas veinte minutos —siguió la deliciosa rubita al tiempo que recogía las cosas de su mesa distribuyéndolas en el interior de los cajones, soplando con su boquita ahuecada para vaporizar el polvo y las miguitas—. Al Carrington, detective privado. Su coche ha sido arrollado por un camión al efectuar un adelantamiento en la salida de Nueva York por la autopista DENVER-II. El vehículo que conducía el detective ha quedado prácticamente destrozado. El camión se ha dado a la fuga.

—Pobre Al... —musitó Martin.

—¿Le conocías?

—Hace un par de años estuve saliendo con Jane, su hija. A Al le hacía gracia que yo me estuviera sacando la licencia de detective privado, quizá porque me veía muy joven, pero me animaba de continuo. Era un buen tipo y un mejor profesional. Mañana me aerearé a darle el pésame a Jane...

—Sólo el pésame, ¿eh? No vayas a aprovechar para...

—No aprovecharé para nada, rubia. ¿Nos vamos ya?

—O.K. Cuando quieras, Stuart.

Quiso y se fueron.

CAPITULO VI

Había dos hombres moviéndose por dentro de la barra del Munich Bier.

Con gorritos blancos a lo marine y mandil de igual color.

—Hola... Usted es David Hargreaver, ¿verdad?

Parpadeó con asombro.

—Sí... ¿Y usted?

—Stuart Martin. Detective privado. Y aquí mi amiga, miss Miller, columnista del *Herald Tribune*.

—Encantado, señorita —saludó el barman fijándose con detenimiento en el bello rostro de la rubita—, Leo diariamente sus artículos en la página de sucesos. Tiene usted un estilo muy personal, tiene algo, tiene... ¿Cómo se lo diría yo?

Tuesday estaba sonriente.

—Mejor no se lo dice —intervino, mosqueado, el pesquisa. Añadiendo—: Usted le habló a la policía de que había visto salir a una mujer del apartamento de Richard Speke alrededor de las tres y veinte de la madrugada el mismo día del ahorcamiento, ¿no?

—Eso dije porque eso vi —Hargreaver estaba muy cabreado con el otro a causa del corte cuando él pretendía largarle lindezas y panegíricos a la preciosa periodista.

Stuart le puso bajo los ojos la foto de Eva Marie Adams.

—¿Es ésta la muchacha que vio salir?

Se pegó una palmada en la frente.

—¡Si...! —exclamó instintivamente—. ¡Es ella! ¡Desde luego! ¿Quién...?

En el cristal de la frankfurtería se dibujó, de pronto, un punto negro que se iba agigantando conforme estriaba el vidrio trazando en él especie de cortas vetas.

Otro agujero se pintó en la frente de David Hargreaver y una mueca postrera de estupor le acompañó al pasillo de las tinieblas por el que se cruzaba la frontera entre la vida y la muerte, cuando se dobló pesadamente, con sonoridad, encima de la barra.

Hubo sorpresa primero y gritos de alarma después.

Stuart ya había salido a la calle como una exhalación captando al tipo que corría en dirección al Nash negro que aguardaba con el motor en marcha.

El detective se tiró al suelo Magnum en ristre y le dio al gatillo.

Alcanzando en el tobillo al que huía quien lanzó un bramido de rabia, dolor e impotencia, arrastrándose por encima de las baldosas desesperadamente en su ciego, loco afán, de alcanzar el auto.

Martin, arriba, echó adelante con el revólver en primera página

dispuesto a reducir al conductor del Nash. Pero éste, intuyéndolo, había puesto el vehículo en marcha.

El detective voló al centro de la calzada cayendo de pie, con ambas piernas separadas, firmes en el asfalto, extendido el brazo derecho y sujetando los dedos de la zurda la muñeca armada para mejor precisar la puntería.

Hizo una maniobra el conductor que Stuart no tenía previsto.

En vez de huir calle abajo giró con peligrosa habilidad echando el morro ancho, negro, demoledor del Nash, hacia el lugar donde se encontraba el detective dispuesto a afinar los disparos alcanzando los neumáticos del vehículo.

De un vehículo que se le venía encima con velocidad meteórica y rugido poderoso...

Tuesday Miller, a la puerta de la frankfurtería, mirando de un lado para otro para seguir la figura de Martin dada su febril movilidad, intuyó lo que el detective iba a hacer cuando el Nash de color negro se le venía literalmente encima.

Y por eso bramó:

—¡No... NO STUART! ¡Mira de apartar...! ¡NOOOO!

Sí.

Martin pegó un brinco ensayando una cabriola por encima del coche, recostando la espalda contra el capó tras salvar el morro que había pretendido embestirle, girando sobre sí, cayendo detrás, al asfalto de nuevo, para quedar de rodillas y darle al gatillo otra vez moviendo la mano en semicírculo.

Las dos cubiertas de atrás, derecha e izquierda, resultaron matemáticamente taladradas por cada uno de los proyectiles y el auto comenzó a trazar «eses» pese a los desesperados intentos de su conductor por evitarlo, acabando por utilizar la acera como trampolín para estrellarse con violento impacto en la pared de un sólido edificio que aun así, tembló a causa de la arremetida.

—¡Stuart...! ¡El otro! ¡Se escapa!

Tuesday le advertía de que aquel a quien había herido y que sin duda era el asesino material de David Hargreaver, arrastrándose, lograba doblar por la esquina inmediata, escondido entre las negruras de la noche, buscando la difícil huida.

Martin, desentendiéndose del coche y su chófer, corrió a la inversa para hacerse cargo del que andaba en plan serpiente reptando sobre las baldosas.

Le puso un pie en el cuello, aplastándole aún más la jeta en tierra.

—¿Dónde vas tan aprisa, *killer* de pacotilla?

Al tipo se le hacía difícil decir algo con la boca pegada en tierra y la lengua lamiéndola.

—No... ¡no me... no me mate!

—Pero tú te has cargado al frankfurtero, ¿eh? ¿Por qué?
—No...
Apretó la suela de su zapato, más, contra el gaznate del criminal.
—¡Sí...! ¡Me han pagado! Yo vivo de eso...
—¡Ah! Bonito oficio el tuyo, ¿eh? Vives de matar... ¡Angelito mío!
¿Quién te ha encargado enfriar al barman?
—Son... son encargos por teléfono. Existe una agencia..., lo sabe, ¿no? Reciben la llamada y la pasan a los profesionales. Cobran, se quedan un porcentaje y...
—¡Calla, hijoputa de mierda! Se me están revolviendo las tripas.
¿Cuál ha sido el encargo?
—Que...
—¡El conductor del Nash está muerto... Stuart! —llegó Tuesday, agitada, brincando sus pechos juveniles a causa de la excitación, entrecortándose al hablar. Agregó—: Se llamaba Derek Vaughan.
—Sigue, cabrón. Sigue... —y pisó con mayor vehemencia el pescuezo del tipo, casi asfixiándole.
—¡Por favor...! —aflojó y el asesino dijo—: Que viniéramos a esta dirección, al Munich Bier y liquidáramos a un tal David...
—¿Cómo habéis sabido quién de los dos era Hargreaver?
—Vaughan ha llamado por teléfono al frankfurt preguntando por David. Yo estaba dentro tomándome una cerveza... He salido a la calle cuando... ¡ag! ¡Cuando ustedes entraban! ¡Aaaaag! ¡Me está... asfix...iando!
—A las cucarachas se las pisa, se las chafa, se las...— seguía aplastándole el cuello bajo la suela de su zapato.
—¡Stuart...! —trató de contenerle Tuesday—, Por favor. Debemos avisar a la policía.
—Sí... Pero sin darnos a conocer. Hazlo tú, mientras yo meto a éste en el coche convenientemente inmovilizado. ¡Y rápido! Empieza a arremolinarse demasiada gente por aquí.

* * *

—Al final te has salido con la tuya, ¿eh, liante?
Stuart se había desmadejado literalmente sobre un coquetón sofá tapizado en oro y grana, acodándose en él para recostar la cabeza en la palma de la mano.
—No te entiendo, Tuesday.
—Sí me entiendes. Ya te has colado en mi apartamento.
Se puso en pie.
—Puedo marcharme ahora mismo.

La rubita se interpuso en el trayecto que él amagaba en recorrer.

—No seas tan susceptible, figón —y poniéndose de puntitas el beso fue de sus rojos labios a los de Martin para quedarse pegado en ellos.

—Me fascinas, periodista...

Tuesday abortó el beso que deseaba echándose atrás unos pasos, preguntando:

—¿Piensas que Eva Marie haya contratado esa agencia de asesinos para que liquidaran a David Hargreaver a fin de que no la identificaran como la mujer que vio salir del apartamento de Speke?

—Si fuera así, habría sido en balde. Pero continuó admitiendo su inocencia. No. No lo creo. Eva Marie, en el fondo, es una mujer traumatizada, destruida, que está intentando vivir apresuradamente, muy de prisa, fingiendo que todo le resbala cuando en verdad se alimenta de complejos y frustraciones. Difícil y complicada personalidad la suya. Carne de Freud que dirían los profesionales de la mente... ¡Y hablando de eso! Mañana hablaré con Fielder Howard, su psiquiatra, quien quizá pueda definirme mejor a Marie. Hacerme un plano de su *psiquis* y de los edificios que la propia Eva Marie ha construido en ella.

—¿No crees que a través de la agencia habríamos encontrado a la persona que encargó el «trabajo»?

Hizo un gesto harto elocuente el detective.

—Negativo, prenda. Esas organizaciones respetan al máximo el... secreto profesional. Su juramento particular de Hipócrates. Además, habría resultado ser una agencia de recados por teléfono, legal, honesta, al corriente de sus cuotas con la seguridad social y hacienda, sin más pretensiones que las normales, cuyo propietario y encargado habrían jurado sobre un Everest de Biblias que nunca, jamás de los jamases, habían oído hablar de un tipo llamado Derek Vaughan ni de su compinche. ¡Pero... !la miró con una sonrisa en los labios—. ¿Es posible que no te sepas eso de memoria?

—No soy una computadora, guapo. Simplemente periodista...

Tuesday pasó al dormitorio cuya puerta se abría en la sala donde se hallaban.

Stuart dio vueltas por la estancia echando ojeadas al mueble librería, a los cuadros como muy esotéricos que colgaban de la pared, a una foto de ella con un sugestivo bikini...

—¡Pesquisa!

—¿Sí...?

—¿Me ayudas a quitarme las botas, por favor?

Pasó a la estancia contigua. Tuesday estaba al filo del lecho con sus

piernas estiradas.

Martin se puso delante, inclinado, tomando una de las botas y echando atrás con ella.

—Gracias...

El larguirucho y delgado detective había ahora puesto las yemas de sus dedos en la pierna cálida liberada de la bota, cosquilleando en la piel, subiendo en aquel tamborileo excitante hasta alcanzar el muslo, aprisionarlo, seguir con la caricia...

La otra mano secundó a la primera. Entre ambas tomaron los laterales de la tibia bragueta crujiéndola en los dedos, dilatando el elástico para obligarla al descenso...

—Stuart, Stuart...

Tuesday alzó por encima de la cama apoyándose con la palma de ambas manos su bien contoneado culito y él la libró definitivamente de la íntima prenda comenzando a acariciar el más precioso tesoro de Tuesday Miller que, vencida, desarbolada, echó atrás la dorada cabeza de profundos rizitos, al tiempo que de su garganta brotaban de manera intermitente suspiros sonoros, ronquidos excitantes, explosiones de satisfacción y deseo.

Abandonándose a una primaria pereza, dejando que su cuerpo adoptara las más fascinantes posturas en el trasiego, dejó, sin intervenir ni interferir, que Stuart la desnudara.

Entonces se abrazó a él sintiendo como los labios masculinos vaciaban sus pechos con succiones delirantes.

Gritó.

Cuando las manos de Martin acariciaban, hacían arder sus zonas más erógenas, gritó y gritó.

Luego se lo dijo. Se lo suplicó:

—Por favor... ¡Stuart! Por favor... Ya...

Hizo sonar el timbre.

Después, repiqueteó, suave, con los nudillos, contra la hoja de madera, exclamando:

—¡Abre, Jane! Soy yo, Stuart.

Apareció la muchacha, unos veintidós años, morena de largos cabellos, a medio arreglar, nerviosa, que se colgó del cuello del detective, sollozando:

—¡Oh, Stuart! Me hace mucho bien que hayas...! ¡Oh, Stuart! Al... está muerto.

—Lo siento, pequeña —besó su frente con reverencia podía decirse. Y acariciando su largo y sedoso pelo al tiempo que penetraba en el piso, le sonrió, como tratando de infundir ánimos al tiempo que bromear—: ¡Era un cabezota conduciendo!

—Dicen que el camión se le echó encima, ¡que lo arrolló! —Jane seguía sollozando, recostada su azabache cabeza contra el tórax de Martin—. ¡Es horrible pensar que esté muerto, Stuart! No puedo... ¡No puedo hacerme a la idea de que esté muerto! Al Carrington... ¡muerto!

—Es duro, Jane, lo sé. Cruel incluso. Pero hay que aceptarlo.

—Sí... Pasa a su despacho, Stuart. Espérame allí. Me estaba arreglando cuando tú has llamado para irme a la funeraria. ¿Querrás acompañarme?

—Por supuesto...

Esperó dentro del despacho que había sido de un buen profesional llamado Al Carrington.

Minutos después regresó la muchacha rigurosamente vestida de negro.

—Tengo que hacerte una pregunta y espero que no te ofendes por ello. Jane.

Enarcó las cejas con sorpresa mirando preocupada al detective. Sin decir nada. Esperando en silencio el interrogante.

—¿Cómo andas de dinero?

Una triste sonrisa cruzó los labios sensuales de la chica.

—¡Ah...! ¿Era eso? No te preocupes, Stuart. Todo está en orden. Ultimamente Al había trabajado para un cliente adinerado. ¡Por cierto...! Mira, aquí hay una minuta pendiente de cobro —había recogido la factura, mostrándosela a Stuart, de entre otros papeles que estaban encima del escritorio. Añadiendo—: No sé si tendré valor para...

Los ojos de Martin se habían posado distraídamente en la hoja mecanografiada. Al reparar en el nombre y apellido del cliente que debía abonar aquella minuta, el muchacho se puso muy

rígido, tenso diríase.

—¡A ver, a ver...! ¿Me permites?

—Sí... —estaba extrañada—. ¿Ocurre algo, Stuart?

—Llevaba mucho tiempo Al trabajando para esta persona, ¿lo recuerdas?

—Como unos tres o cuatro meses. ¿Por qué?

—Por nada, por nada...

Pero lo cierto, lo auténticamente cierto, era que Stuart Martin había quedado con el ceño muy fruncido y los pensamientos muy revueltos, agitados, desde el instante que sus pupilas habían captado el nombre del titular de aquella factura.

Y le vino a la memoria una frase reciente pronunciada por su picara secretaria Susan Carradine:

«El mundo está hecho de casualidades...»

Aquello, verdaderamente, había sido una casualidad.

Una oportuna casualidad.

Una preocupante casualidad.

—¿De veras va todo bien, Stuart? —insistió la muchacha.

—Sí, claro... —se esforzó él por parecer convincente—, ¿Vamos a la funeraria, Jane?

—Desde luego. Ya se acerca la hora de... —estalló en profundo llanto.

Stuart la encerró entre sus brazos procurando confortarla y calmarla, aunque la explosión de Jane Carrington, ahora, rozaba la histeria.

Instantes después salían del apartamento.

CAPITULO VIII

Después de asistir a las exequias de su amigo y compañero Al Carrington, Stuart se reintegró a sus tareas investigadoras.

Sin apartar de su mente ni un solo segundo el nombre y apellido del titular de la minuta que Carrington no había llegado a cobrar antes de largarse a la región de las sombras.

Se introdujo en una cabina de teléfonos y solicitó de la operadora de información el número de un abonado, que acto seguido señaló en el dial.

Y contestaron al otro lado:

—¿Diga?

—¿El doctor Fielder Howard, por favor?

—Hoy no pasa visita, ¿quién le llama?

—Stuart Martin. Pero él no me conoce.

—¿No se ha visitado nunca con el doctor Howard?

—No... —dijo. Apresurándose a exclamar—: ¡No se trata de una visita!

—¿Entonces...? —parecieron sorprenderse en la otra punta del hilo.

—Soy detective privado y desearía recabar la opinión profesional del doctor. Es urgente... ¿Dónde podría localizarlo?

Hubo una duda en la voz de quien respondía y al fin dijo:

—Está de guardia, hasta las diez de la noche, en el N. Y. State Mental Hygiene del Richmond. Vaya allí y pregunte por él.

—¡Gracias, muchas gracias!

Y tras la exclamación, colgó saliendo de la cabina.

Media hora después en lo que era sala de curas de la unidad de cuidados intensivos del complejo mental y sanitario, le recibía, muy amablemente por cierto, el doctor en neurología y psiquiatría, Fielder Howard.

—Siéntese, haga el favor.

Stuart miró al médico que aparentaba unos cincuenta y pico, con un pico cercano a los sesenta, era menudo y delgado, de ojos claros muy vivos y rostro agradable de facciones bondadosas.

—Le agradezco que me haya recibido, doctor.

—Forma parte de mis obligaciones, señor... Stuart Martin me ha dicho, ¿no?

—Stuart Martin, sí. Pero yo no soy uno de sus pacientes...

—Es una persona que me necesita por razones profesionales y en conciencia debo atenderle. ¿Cómo puedo serle útil, señor Martin?

—Stuart a secas, se lo ruego. Quisiera que me hablase de Eva Marie Adams.

El hombre se mesó sus canosos aladares y después, mirando con rectitud a los ojos castaños y móviles del otro, preguntó con cierta reserva:

—¿Piensa usted que ella es la autora de esos ahorcamientos?

—Cabe dentro de lo posible. Existía un testigo... y digo existía porque lo asesinaron ayer delante de mis propias narices, David Hargreaver, que aseguró reconocer en la fotografía de Eva Marie a la mujer que viera salir del apartamento de Richard Speke la misma noche del crimen.

—El difunto señor Hargreaver le dijo la verdad, detective Martin.

Stuart no pudo evitar una exclamación de sorpresa. Y la consiguiente pregunta:

—¿Cómo lo sabe usted, doctor?

—Porque Eva Marie me lo dijo. Cuando está apurada y se ve incapaz de hallar soluciones por sí misma, acude a mí. Richard Speke la llamó aquel día, aquella noche, mejor dicho, muy nervioso, excitado según Eva, pidiéndole que sobre las tres de la madrugada se personara en su apartamento porque tenía que hacerle una revelación muy importante respecto a la condena de Timothy Adams. Ella me lo dijo después de haber acudido a la cita, de haberlo hecho antes, se lo hubiera prohibido.

—¿Por qué?

Ensayó una suave sonrisa.

—Usted lo sabe tan bien como yo, mejor... porque es profesional de la investigación. Se trataba de una trampa. *Alguien*... necesitaba que vieran a Eva Marie salir del apartamento de Richard Speke. *Alguien* que sabía que David Hargreaver regresaba a tal hora a su domicilio.

—¡Sus dotes deductivas son tan agudas como sorprendentes, doctor!

—Llevo muchos años estudiando los contenidos del cerebro humano, señor Martin. ¡Perdón, Stuart! Eva Marie era, es, la víctima propiciatoria ideal que carga con esos ahorcamientos. Es éste un caso muy complicado, hasta absurdo. Yo, de veras, me sorprendí mucho al leer la noticia de esa espontánea confesión de... Escott Mason se llamaba el delincuente, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué se sorprendió, doctor?

—Porque el tal Mason había mentido —sentenció, firme y sin dudar, el psiquiatra.

Stuart, que le escuchaba con el máximo interés, iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Mentido...?

Fielder Howard le ofreció otra de sus suaves sonrisas:

—Sí... —insistió. Añadiendo—: Scott Mason no violó a la pequeña Martha Dotrice y no alcanzo a comprender el porqué de esa absurda confesión.

—Doctor, doctor... —el detective hablaba despacio, con cautela, como temiendo equivocarse—, ¿en qué se basa para emitir esa sentencia?

—En el hecho concreto de que fue Timothy Adams quien violó a la pequeña. Yo era su psiquiatra, recuérdelo. Fue al único al que se atrevió a confesárselo, quizá por entender que yo estaba dentro de su mente, que acabaría por saberlo aunque él se empeñara en negarlo. Adams era un pobre hombre, un ser digno de compasión... —hizo una pausa el doctor, antes de proseguir—: Hijo de un pastor baptista Timothy fue criado y educado en el error, la intransigencia y el pánico, hacia todo aquello que se relacionara con el mundo del sexo. El reverendo Adams era un verdadero ofuscado, un reaccionario moral de posturas radicales al respecto, que tachaba de lúbrica, incestuosa, abominable y condenatoria la entente carnal hombre-mujer si no estaba presidida por una serie de requisitos, de condicionantes, morales, legales, religiosos, sociales, de ética y un sinfín de estupideces. El coito que ignoraba las bendiciones era, según Elijah Adams, la reencarnación de Satán, la hoguera condenatoria del fuego eterno en que se habrían de consumir las almas de quienes lo realizaban.

—Sí que era digno de compasión Timothy Adams, sí —aprovechó Stuart al respiro que se tomaba el psiquiatra.

—Su trayectoria sexual fue un rosario de traumas, inhibiciones, represiones y frustraciones, que le precipitaron a un mundo de soledad, de masturbación y vivencias fantasiosas, que no enmendó ni su matrimonio con Charlotte McGreevy, la cual le abandonó cuatro años después de la boda sin que nunca más se supiera de ella. Timothy acabó de hundirse, de refugiarse y perderse en sus alucinaciones privadas... Antes de violar a Martha cometió otros pequeños delitos como perseguir alguna chica, rozarse por ella, forzarla a caricias, etc. Por eso, precisamente por eso, se ahorcó. Para poner fin a la tortura de su cerebro agravada por el peso que en su conciencia significaba el hecho cometido. Su padre se le aparecía cada noche en sueños hablándole de la hoguera, la condenación... Puso fin al suplicio colgándose del cuello.

—¿No habló usted con nadie del asunto, doctor?

—¿Para qué? Lo habían condenado por un delito del que era culpable... ¿Cree que de haberlo conseguido, Timothy habría estado mejor en un establecimiento psiquiátrico del Estado? No, ni mucho menos. Yo, desgraciadamente, nada podía hacer ya por

Adams. Su muerte, aunque ello le parezca aberrante pronunciado por mis labios, fue una auténtica liberación para él.

—Perdone que insista en un tema, doctor Howard...

—Stuart daba la sensación de dudar. Al fin, venden do sus vacilaciones, preguntó—: ¿Por qué no acudió a la policía después de leer la confesión de Scott Mason, esa confesión que califica de absurda, sabedor como era, como es, de que la paternidad del delito correspondía a Timothy Adams.

Fielder Howard, doctor en psiquiatría, se removió en el fondo del asiento que ocupaba. Pero no presidía ese movimiento una sensación de nerviosismo o inquietud, sino más bien parecía el médico buscar los razonamientos que dieran una perspectiva exacta del porqué de su conducta.

—Mire, detective Martin, es usted un hombre muy joven, temperamental como es la juventud y supongo que en ocasiones, incluso vehemente. Con los años usted comprobará como cedan esas ansias para dar paso a la ponderación... a una ponderación que ahora, en este momento, puede no parecerle justa. Acudiendo a la policía en reivindicación de mis deberes ciudadanos para evidenciar la mentira de un delincuente que se había suicidado después de pronunciarla... ¿a quién beneficiaba? A nadie. Mason muerto con su mentira, Adams muerto también con su verdad. ¿En virtud o en función de qué me presentaba ante las autoridades con mi teoría, detective Martin, y debe saber que no les gusta que nadie ande por ahí enmendándoles la página...

—Entiendo su postura. ¿Pero ha pensado que con su silencio dejaba a la misma policía abundar en la creencia de que Eva Marie estaba ahorcando a esos hombres para vengar la inocencia de su padre?

—Los crímenes se produjeron luego, no lo olvide. ¿Piensa que yo podía presumir algo semejante?

—Creo que no, doctor.

Howard consultó su reloj de pulsera al tiempo que se alzaba de la silla, diciendo:

—Debo retornar a mis pacientes, detective. Espero haberle sido útil, Stuart.

—Lo ha sido... ¡y mucho, doctor Howard! Porque yo sí sé, yo he comprendido... —le brindó una tan amplia como enigmática sonrisa—, el *porqué de la absurda confesión de Scott Mason*.

—¡Ahora es usted el que me deja de piedra, detective! ¿De veras ha podido descifrar ese enigma, Stuart?

Volvió la sonrisa misteriosa, y:

—De veras. Lea usted mañana la página de sucesos del *New York Herald Tribune*. No deje de hacerlo, doctor Howard, porque sin

haber acudido a la policía podrá sentirse orgulloso y satisfecho de haber colaborado en el esclarecimiento de un turbio laberinto de crímenes y confusión, urdidos por una mente casi tan enferma, o más, que la de Timothy Adams.

—Tendré paciencia, pues, hasta mañana. Adiós, Stuart.

Estrechó la mano que le tendía el médico.

—Gracias, doctor.

Instantes después abandonaba el edificio donde se ubicaba las instalaciones del N. Y. State Mental Hygiene para hacer, de inmediato una llamada telefónica.

—¿Me pone con miss Miller? —le pidió a la telefonista de la centralita del *New York Herald Tribune*.

—Le paso.

Segundos más tarde el registro musical, vibrante, joven y hasta explosivo de ella, preguntando:

—¿Quién llama...?

—Stuart...

—¡Stuart, amor! ¿Dónde has estado hasta ahora?

—Haciendo preguntas por ahí, rubia.

—¿Has cumplido con tu ex novia?

—He ido a cumplir con la hija de un amigo y compañero —La corrigió, con voz severa, el detective.

—Perdona —dijo la rubia reportera, consciente de que no había sido justa. Insistiendo—: Lo siento, de veras. ¿Qué tal te han ido las preguntas?

—Lo suficiente bien como para que le pidas a tu director que te reserve una página completa para un solo suceso y prepare un titular de impacto con grandes caracteres.

—¿De qué estás hablando, Stuart Martin?

—Estoy hablando de tres estrangulamientos, Richard Speke, Gene Jenkins y Mark Morgan... De la identidad de quien tenía *motivos personales* para colgarlos... De eso, simplemente, estoy hablando.

Una exclamación que hizo, incluso, vibrar el tendido telefónico que les distanciaba.

Y tras el grito exultante, la pregunta:

—¿Quieres decir que has descubierto, que sabes la identidad de...?

—Quiero decir, en principio, que te calles y escuches con atención. Comunícate de inmediato con el sargento Ryan Jenkins y le explicas que me dispongo a...

Estuvo hablando con la periodista por espacio de varios minutos. Luego, tras cortar la comunicación, abandonó la cabina telefónica.

CAPÍTULO IX

Era un suntuoso palacete de piso y planta, rodeado por un frondoso y bien cuidado jardín, por un mimado jardín podía muy bien decirse, ubicado en las cercanías de aquel complejo señorial conocido por Crookes Point, es la circular bahía denominada Great Kills Harbor, teniendo por espejo y poesía las azules aguas del Atlántico.

Allí, sólo podían vivir los económicamente privilegiados.

Un letrero bien visible en mitad de la verja advertía a los posibles curiosos o a los impacientes amigos de lo ajeno, que se andaran con mucho tiento con los perros.

Que eran dobermans, que estaban sueltos por el jardín, que podían con sus dientes hacer trizas el pescuezo de cualquier desconocido que se aventurase a introducirse por allí subrepticamente.

—Bonitos perros... —murmuró Stuart, reparando con atención en el letrero—. Y bonitos dientes los suyos.

Se sirvió, con toda lógica, del timbre.

Hubieron de pasar más de tres minutos hasta que por lo alto del sendero que cruzaba y bifurcaba el espléndido jardín, desde el fondo de la casa a la verja, asomara la silueta de un criado que fue descendiendo casi con parsimonia insolente.

—¿Usted dirá, señor?

—Deseo ver a la señora Jenkins.

El fámulo le miró en plan distante, con una mueca de hastío que parecía ser inveterada en su expresión, frío, desconfiado.

—Lo siento —ensayó un fugaz encogimiento de hombros. Aclarando—: La señora no puede recibir a nadie por expresa prohibición de sus facultativos. Sufre una gran depresión nerviosa a consecuencia de la terrible muerte del señor.

—Precisamente de eso vengo a hablarle.

Se echó el tipo atrás, instintivo, como escandalizado. Lo mismo que si acabara de ver al diablo.

—¡Mucho menos todavía! Los médicos nos han prohibido taxativamente que nombremos al señor en presencia de la señora. Usted lo entiende, ¿verdad?

Stuart miró al tipo de una manera muy extraña. Peligrosa incluso. Y el criado, que zozobró, pareció entenderlo así.

—Dígale a la señora que vengo a explicarle importantes detalles relacionados con el asesinato de Gene Jenkins, que vengo al mismo tiempo de parte de mi fallecido amigo Al Carrington para cobrar la última minuta de él que quedó pendiente... Dígale todo eso a Rebeca York viuda de Jenkins y procure regresar pronto, muy pronto, a abrir la puerta.

En aquel preciso instante y a través del servicio de megafonía

que se correspondía con el cuadro de objetivos que alimentaban de imágenes los circuitos cerrados de TV, se dejó oír una voz femenina, ordenando:

—Acompaña al caballero al salón regio, Ferdinand.

—Como la señora ordene.

—¡Creía que tu señora se estaba muriendo, Ferdinand! Y ya ves, ¿no?

—Bueno... A lo mejor se encontraba en la sala de control de circuitos —quiso arreglarlo mientras abría la verja.

—Lo que tú quieras, Ferdinand —se burló el detective—, Lo que quieras. ¡Ah!, y convence a los chuchos de que soy persona honrada y vengo en son de paz, ¿eh?

Ningún comentario hizo el criado, limitándose a precederle hasta la casa para luego acompañarlo, como ordenara ella, al salón regio.

Salón de película.

Stuart, a ojo de buen detective, admitió que lo que allí se contenía costaba un huevo y parte del otro. Total que había que tener tres huevos para poder vender dos, quedarse uno para los usos lógicos, y pagar todo aquello con los otros.

Muy enrevesado el razonamiento, sí.

Como... *por motivos personales*.

Muy, pero que muy enrevesado.

—¿Es usted... quién, señor?

—Stuart Martin. Amigo y compañero de Al Carrington.

—No conocía al tal señor Carrington. Debe de existir algún error, señor Martin.

Stuart miró con detenimiento a Rebeca York, viuda pero muy hermosa, erguida ante él, majestuosa, ocultos sus encantos aún muy apetecibles en una larga bata de seda negra, fúnebremente negra, que la envolvía desde la garganta a los pies.

Que cubría incluso aquéllos y el calzado.

—Ningún error, señora. Usted contrató los servicios de Al Carrington para que la informase de los movimientos de su marido. De las secuencias sentimentales e íntimas que rodaba en compañía de Eva Marie Adams.

—¿Qué le hace suponer semejante absurdo, señor Martin?

—Mi fina intuición, señora. ¿No va a invitarme a que me siente?

—Hágalo.

Lo hizo. Pero ella permaneció en pie.

—Su marido le pidió el divorcio, ¿verdad?

Silencio absoluto. Los labios de Rebeca York, viuda de Jenkins, eran una línea prieta, recta, muda e insensible.

—Eso significaba pasar de la opulencia a un segundo término casi de matices peyorativos... Ser desbancada por la otra, por la amante, por Eva Marie Adams. Por aquella niña que usted había recogido en su casa piadosamente. Por la hija de un violador... — Martin hablaba despacio, pausadamente, seguro de sí mismo. Prosiguiendo—: Usted no podía consentir en modo alguno tal deterioro de su imagen, ¿verdad? Pero se planteaba una incógnita: ¿Qué hacer? ¿Cómo soslayar aquel evento? Gene estaba decidido a lo que fuera por el amor que le inspiraba Eva Marie.

—¡Cállese! ¡Se lo prohíbo!

—Habló con su cuñado, con Ryan Jenkins, el hombre que la había amado y deseado desde el momento en que su hermano Gene se la presentó. Usted supo llorarle, excitar su pasión masculina... Y el sargento dio con la complicada solución al problema, a cambio, eso sí, de que una vez terminado todo usted se convirtiera en su esposa.

Rebeca se llevó las manos al rostro con desesperado patetismo. Por último, abatida, se desplomó en una mullida butaca cercana.

—Usted, Rebeca, había pensado en principio deshacerse directamente de Eva Marie. Sabía de todos sus movimientos a través de los informes de Al Carrington.

Fue Ryan quien la hizo desistir de la idea, ¿cierto? Si Eva Marie moría violentamente, Gene sospecharía de usted al momento. De su intervención... o instigación. Si se optaba por eliminar a Gene y Eva Marie las investigaciones policiales de inmediato quedarían centradas en su persona. Ryan sabe mucho de esas cosas. Ryan concibió una trampa complicada cuyo primer mecanismo fue la confesión de Scott Adams, un vulgar delincuente, admitiendo haber violado diez años atrás a Martha Dotrice..., confesión que sólo existió en el cerebro de Ryan Jenkins. Habló a sus superiores inmediatamente de ello. Así se ponía en funcionamiento el resorte que había de determinar la supuesta culpabilidad de Eva Marie como ejecutora de una venganza que pretendía enjugar con sangre la no menos supuesta inocencia de su padre. Por eso Scott Mason se suicidó tras confesar su réprobo pecado... fue *suicidado*, mejor dicho, por el propio Ryan Jenkins, para que nunca pudiera desmentir aquel testimonio que no había pronunciado.

—¡Bravo, detective, bravo! —estalló una voz bronca, cruel, a su espalda. Gritando—: ¡No te muevas de donde estás! ¡Si giras la cabeza te la arranco de un balazo!

—¡Ryan...! —exclamó la bella y enlutada mujer alzándose de la butaca—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Tranquila, señora, tranquila —fue Stuart quién respondió,

haciendo acopio de sangre fría y de su habitual causticidad. Añadiendo—: Desde que me metí en este asunto por encargo de mi cliente, su cuñado ya tenía previsto asesinar-me.

—El lo ha dicho, Rebeca.

—Cometiste demasiados errores, Ryan —volvió a pronunciarse el detective. Insistiendo—: Pensaste bien pero demasiado de prisa. Con ello desvirtuaste el planteamiento de una trama en teoría perfecta. Os precipitasteis al estrangular a Richard Speke antes de que la hipotética confesión de Mason fuera hecha pública, antes de que Eva Marie la conociera oficialmente.

—David Hargreaver la vio salir del apartamento de Speke —intervino Rebeca, que volvía a permanecer en pie.

—Otro absurdo falseamiento de los hechos que un buen togado habría puesto en evidencia ante un tribunal: Ryan fingió ser Richard Speke citando por teléfono a Eva Marie. La hora, lógico, aquella en que Hargreaver llegaba a su domicilio. Por eso se pensó luego en la conveniencia de asesinarle, ¿verdad, Jenkins? Muerto David Hargreaver su testimonio seguía inculpando a Eva Marie. Yo mismo era testigo de ello porque en mi presencia había reconocido en la foto a la mujer que viera salir del apartamento de Richard. ¡Ah!, y el fiscal podría utilizar la baza de que Eva Marie lo había hecho eliminar para que no la identificase. Usted Ryan, comprendió pronto sus errores, comprendió que con aquel cúmulo de pruebas circunstanciales no conseguiría la reclusión a perpetuidad de la muchacha optando entonces por un flash de urgencia. Asesinar velozmente a otro de los jurados, Mark Morgan, para acrecentar el clímax de tensión en los nueve restantes... Para excitar como lo hizo, el morbosos pánico de Lionel Sirk, hombre temeroso y cobarde, empujándole al asesinato de Eva Marie. Ahora sí, ahora los hechos cobraban lógica verosimilitud: era viable que uno de los jurados aún vivo se tomase la justicia por su mano antes de que pasara a engrosar la lista de los ahorcados. Muerta Eva Marie los investigadores darían por racional su autoría en los tres estrangulamientos, Lionel Sirk pasaría a ser procesado con las atenuantes a que hubiere lugar y se pondría punto y final al asunto con el consiguiente carpetazo. Lástima que interviniera yo en el asunto, por capricho de un una viuda quisquillosa, dando al traste con todos tus maquiavelismos, ¿eh, Ryan?

Desde su espalda, oyó la pregunta:

—¿Cómo piensas probarlo, Stuart?

—Explicando la misma historia que acabo de hilvanar. El más lerdo de los fiscales de distrito se frotará las manos de alegría.

—Los muertos, Stuart Martin, no cuentan historias. Y tú, amigo,

vas a morir. Te advertí ayer que éramos incompatibles.

—¿Sabes, Ryan, que Tuesday Miller, después de llamarte a ti ha puesto en órbita al propio *Commissioner*, con la noticia?

—¡Mientes...!

—Mira a tu espalda, a través de los ventanales.

Instintivamente llevó el policía sus ojos hacia el punto en que los cortinajes permitían atisbar hacia el exterior, hacia el jardín.

—¡No veo a...! ¡Imbécil!

—¡Tú eres un imbécil, Ryan Jenkins!

Y al compás de la exclamación, Stuart salió lanzado de la butaca, como un relámpago, ensayando aquellas piruetas de las que era tan amigo, a las que era tan dado.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Ryan Jenkins, ciego de rabia y odio, había apretado el gatillo de su arma reglamentaria cuatro veces.

—¡Ryan...! ¡Me has...!

—¡REBECA! —gritó el sargento, enloquecido, irritados los ojos en sangre y al borde las órbitas, viendo que la mujer se venía abajo, ensangrentada la bata de seda negra a causa de sus disparos—.

¡¡REBE- CAAAAA!! No... ¡Tú no puedes morir!

Stuart se rehacía, Magnum en ristre.

Ryan captó su última evolución y hacia él largó dos nuevos proyectiles.

¡BANG! ¡BANG!

El salto del pesquisa fue tan prodigioso como providencial porque fracciones de segundo después las balas barrieron el espacio que instantes ha ocupara su cuerpo.

Martin, a la izquierda del policía, perniabierto, firme ahora, apretó una sola vez el gatillo de su revólver.

Un único disparo.

Una sola bala... que levantó astillas del cráneo de Ryan Jenkins después de hacerlo estallar. Ryan salió violentamente con huracanado empuje atravesando su monumental anatomía, con estrépito atronador, los cristales del ventanal para quedar trágicamente doblado en el alféizar.

La cabeza, destrozada cabeza, convertida en un muñón sanguinolento, colgando afuera. Las piernas, balanceándose dentro.

Luego se produjo la conmoción.

La llegada de los colegas de Jenkins a quienes, todo aquello, obvio, sentaba como una patada en los mismísimos.

Venía con ellos Ashley Cookman, *Commissioner* de la Metropolitan Police de Nueva York.

—Tuesday me telefoneó, Martin.

—Podía usted haber venido media hora más tarde, ¿no le parece? Con un poco de suerte habría encontrado más muertos.

—¡La mujer aún vive! —exclamó uno de los uniformados.

—¡Llamad a una ambulancia! —ordenó un policía de paisano.

—¿Quiere que le diga una cosa, Stuart Martin?

—Dígamela, comisionado.

—El proceso a un policía es algo muy... ¿cómo le diría yo? La opinión pública cree en seguida que pueden haber más manzanas podridas en el cesto, que de hecho las hay... Se crea una imagen poco... ¿cómo le diría yo?

—Usted quiere decirme que era mucho mejor aparecer tarde por aquí... y encontrarse a Ryan Jenkins muerto.

—¡Stuart, Stuart Martin! —le golpeó la espalda el *Commisioner*—. ¡Qué muchacho este! Oiga, esto... ¿No ha pensado usted nunca en ingresar en la Academia de Policías?

—Supongo que usted no bebe estando de servicio, ¿verdad comisionado?

—¡Por supuesto! Ni en privado tampoco. Soy abstemio.

—Pues no entiendo como sobrio se pueden decir semejantes tonterías —y se alejó hacia la salida del salón regio metiéndose el Magnum entre pantalón y tripa.

—¡Eh, eh, Stuart! Tiene usted que prestar declaración.

—Mañana, mañana, comisionado. Antes tengo que preparar la minuta para que mi cliente abone mis servicios. Ya me pasaré por el Precinto... ¡abur!

Tuesday corría por el jardín sin miedo a los dobermans.

—¡Stuart!

—Me sigues cayendo bien, rubia. ¿Tienes el artículo preparado?

—Lo redactaremos juntos, ¿no? —suspiró ella, devorando con sus azules pupilas la figura un tanto cansada del detective.

—Si te empeñas.

—El título me preocupa, Stuart.

—Eso es fácil, cotilla de la pluma: *Por motivos personales*.

—¡Sí, sí... —exclamó—, claro! ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Tuesday.

Se extrañó frente a la actitud taciturna, hosca del muchacho. Y preguntó con un hilo de voz temerosa:

—¿Qué...?

—Tengo unos enormes motivos personales que me impulsan a meterme en la cama contigo.

—¡Stuart! —y se le abrazó con fuerza, se estrujó contra él—. Si tardas un segundo más... ¡te lo hubiera pedido yo!

Las mujeres, ahora, son así.

Muy complicadas. Pero muy dispuestas a... a reivindicar sus

motivos personales.

Y es que en esta vida, personal o no, todo tiene sus motivos.

F I N



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España